(DES) AMORES BREVES 2

HISTORIAS DE ROMANCES SIN DESTINO

CAROLINA BALBIANI

INDIE libros

Carolina Balbiani

(Des)amores breves 2

Historias de romances sin destino

INDIELibros

Balbiani, Carolina
(Des)amores breves 2 / Carolina Balbiani - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Vi-Da Tec, 2020.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-799-122-2

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© Carolina Balbiani, 2020
© IndieLibros, 2020
Conversión digital: Libresque

INDIELibros

Acerca de *(Des)amores breves 2*

En los bares y cafés, donde las mesas quedan como mudos testigos de lo que sus comensales relatan, los (des)amores disfrazados de historias pasionales que valen la pena ser contadas siguen sucediéndose, uno tras otro. Sus personajes van viendo mutar el encandilamiento inicial en otras muchas cosas. Sexo, dolor, soledad, deseo, angustia, miedos, apasionamiento se entrelazan con mentira, negación, engaños, egoísmo, pacatería y demases. De este peligroso cóctel resultan promesas, caricias, conjuras, risas, lágrimas, odios y adioses.

El café de la vida promete no terminar nunca. Porque el ser humano pareciera ir siempre en busca de más amor, aunque a veces sólo se esté mirando al espejo enamorado de sí mismo. Narciso no se ahogó en la fuente, todos lo llevamos —un poco — impreso en el alma. Acá va, entonces, la segunda parte de (des)amores breves. Diez historias más de las millones que poblarán la faz de la tierra por los siglos de los siglos. Amén.

Quién es Carolina Balbiani

Carolina Balbiani nació en Buenos Aires, en 1963. Hizo la primera parte de su primaria en escuelas rurales de la provincia de Córdoba. La terminó en el Colegio San Pablo, de la Capital Federal, donde también cursó la secundaria. Estudió periodismo en la Universidad del Salvador, donde obtuvo un título terciario y, en 1988, fue becada para el Programa de Graduados Latinoamericanos, de la Universidad de Navarra, en España. Desde 1983 hasta 2019 trabajó en Editorial Atlántida. Primero en la revista *Gente* y, luego, en los títulos *Para Ti*, *Show On* y *Chacra*. Desde sus comienzos como cronista, pasó por todos los puestos y llegó a dirigir las revistas *Para Ti* y *Para Ti Deco* durante 17 años. En 2019 presentó su primer libro en formato digital, *El día que me mataron* (IndieLibros, 2019), una serie de casos policiales verídicos que la autora toma y reconstruye un posible relato de la voz de la víctima. Está casada y tiene dos hijos.

Índice

Cubierta
Portada
Créditos
Acerca de (Des)amores breves 2
Quién es Carolina Balbiani
Las patas de la mentira
Un amor publicitario
El embarazo inconveniente
Piedad, amor y confusión
Tiempo de descuento
El mail equivocado
La vecina fit
Ceguera histérica
Amor en pedazos
Pecar de aburrimiento
Otros títulos de Carolina Balbiani
¡No te pierdas el contenido exclusivo en Leamos y BajaLibros!

Las patas de la mentira

Paca (su nombre era Francisca y la habían bautizado así en honor a su abuela) era una de esas mujeres empacadas en que las cosas sucedan como ellas quieren. Como en una sopa de letras del destino, su sobrenombre marcó a fuego su personalidad. Paca "la empacada", decía ella, y se reía de sí misma. Seguramente fue ese carácter el que la llevó a vivir esta historia de amor hasta el final. Un final que cualquier otra mujer hubiese anticipado antes de zambullirse de cabeza en un espejismo que prometía más vacío que agua.

Paca descubrió a su gran amor por la ventana. Su dormitorio daba al centro de manzana. En diagonal, a no demasiados metros, se alzaba un hotel 5 estrellas. De cuarto piso a cuarto piso, veía a un tipo deshacer la valija metódicamente y elegir su ropa tirada sobre la cama. No era la primera vez que lo observaba. Su espalda ancha sin camisa y su pelo oscuro y desordenado le dispararon las hormonas. Miró con insistencia. Tanta que él habrá sentido su intensa mirada clavada entre sus omóplatos y se dio vuelta... y abrió la ventana. Se asomó en cueros, hacía calor. Levantó la vista y se topó con los ojos de ella a la distancia. Hizo lo mismo: abrió la ventana y dibujó una sonrisa. Se miraron divertidos. Ella sobreactuó sus movimientos y escribió rápido en una hoja blanca con marcador indeleble negro en letras enormes: "PACA". Él devolvió el gesto y escribió, en un papel que encontró sobre el escritorio, también en grandes caracteres:

“PHILIPPE”.

Lo que sigue fue bastante sencillo y previsible. Paca terminó yendo al lobby del hotel con un minivestidito bordó y borcegos Dr. Martens. Él bajó espléndido, con camisa celeste y perfumado. Se rieron. Philippe hablaba un mal castellano y ella chapuceaba un paupérrimo francés. Pero se entendieron a la perfección. Él acusó 40 años. Paca tenía 27. Él trabajaba para una compañía petrolera multinacional y venía, una vez por mes, a Buenos Aires. Ella había estudiado en Bellas Artes, pero trabajaba diseñando packaging para grandes empresas y acababa de mudarse sola, unos meses atrás, a un departamento de dos ambientes que pertenecía a su familia.

Se engancharon inmediatamente y comenzó un romance de revolcadas amorosas intensas, con intervalos de tres semanas en las que Paca lo extrañaba como loca. Veintiún días en los que se depilaba, se hacía el tratamiento antiestrías y se compraba algún conjunto de ropa interior para sorprenderlo. Sexualmente, Philippe era lo opuesto al prejuicioso adjetivo que se les suele endilgar a los franceses. Generoso y dedicado, sorprendía a Paca con sus conocimientos de la psiquis femenina. Nunca se precipitaba en el deseo y la miraba como si fuera la única, la mejor y más fascinante mujer del mundo.

A pesar de la devoción sexual de Philippe y del tiempo que le dedicaba cuando estaba en la ciudad, ella se sentía insatisfecha y no sabía bien por qué. Paca descubrió, en ese período de su vida, los celos y las obsesiones, que le aseguraron una buena dosis de pesadillas. Pero cuando Philippe aterrizaba, su mundo se teñía, nuevamente, de ese rosa medio anaranjado que incendia las puestas de sol. Los celos desaparecían y, en su mundo, sólo cabía Philippe.

Él siempre paraba en el mismo hotel y en la misma

habitación. Aunque se quedara a dormir con ella, su valija quedaba allá. Paca era feliz porque tenía la ilusión de que desde su ventana podía controlarlo todo. Aunque, cada tanto, la asaltaba el terror de que su amor extranjero se deslumbrara con alguna otra argentina. Más curvilínea, más sexy o con más glam que ella. Paca se sentía una Cenicienta a la que le había llegado su príncipe radiante con acento francés. Él, ajeno a estos resquemores, prometía amor eterno y venía siempre cargado de regalos caros de aeropuerto. Parecía entregarse por completo, en cuerpo y alma. Pero no había caso, Paca no relajaba. Su sonar intentaba descubrir los tesoros del fondo de ese mar desconocido que intuía en Philippe. La vida personal de él se le hacía esquiva. Su casa en Francia, en una mágica y pequeña ciudad llamada Pau, su trabajo itinerante y su poca —por no decir nula— presencia en las redes lo convertían en un fantasma inasible. Él se resumía como un soltero "workaholic", hijo único de un padre muerto hacía décadas y de una madre sola y jubilada. Para Paca, todo era intangible. Por eso, en cada viaje intentaba recabar más información, sin obtener demasiadas recompensas. Googleó, buceó en Facebook y en Twitter. Encontró poco y nada. Nada para criticar. Nada para confirmar que Philippe no fuera sólo un sueño.

En una de las visitas de Philippe, casi por casualidad, Paca descubrió un detalle no menor. Él estaba haciendo café, en la cocina de su departamento, en la cafetera blanca que acababa de regalarle. Recién llegado de viaje, había dejado el portadocumentos de cuero negro sobre la mesa, entre unos euros y tickets de compras. Intrigada, quiso chusmear la foto del pasaporte. Lo sacó discretamente y lo abrió. Más joven, con su pelo largo ondulado, su soñado Philippe ahí estaba… Pero sin querer vio el año de su nacimiento. Y las cuentas no

le dieron. Se quedó petrificada. No tenía 40 años sino 50. Estaba con el documento en la mano y la cara desangelada cuando él volvió con la bandeja y los cafés amorosamente preparados.

Paca no era de escándalos. Pero montó uno de proporciones. Gritó, lloró y le dijo rabiosa que cómo podía haberle mentido de esa manera. ¡Diez años! Él, imperturbable como el amianto, mantuvo la calma de un monje budista durante un incendio. Sólo dijo, suavemente, que no había querido ahuyentarla. Que al principio de la relación había temido que ella no quisiera salir con alguien 23 años más grande. Que después, sólo se había olvidado del asunto. La envolvió con zalamerías y mimos. Paca quedó niña envuelta.

Se amaron como siempre con total libertad y, acurrucada contra su espalda tibia, Paca hizo de cuenta que todo era una zoncería. Pero su actitud era una pantalla momentánea, la verdad es que no pudo dejar zanjado el tema. Empezó con la cantinela de que quería viajar con él y visitar Francia. Que moría por ver dónde vivía, conocer a su madre, a sus amigos, recorrer las calles y los cafés de Pau de su mano. Él decía que sí. Que por supuesto. Que lo pasarían genial. Cariñoso y compinche, hasta le contaba los lugares que visitarían. Pero nunca llegaba la fecha justa. Pasaban los meses y las rítmicas visitas, y siempre había algún contratiempo que alteraba los planes. Todo dependía de su exigente trabajo en la petrolera. Él vivía arriba de un avión y su casa era un sitio al que volvía cada tanto, esgrimía convincente. En la Argentina, sostenía, la pasaban mejor y tenían más tiempo para disfrutar juntos.

Paca, empacadísima, insistía hasta ponerlo de culo. Pero, en el medio, él se iba sus tres semanas, ella volvía a extrañarlo y aflojaba. Cartera Hermès. Zapatos Louboutin. Billetera Vuitton. Perfumes de sobra. “Adornos —pensaba ella

— para distraerme de lo que verdaderamente importa.” Nada de eso Paca valoraba demasiado. “Él no me conoce realmente —protestaba con sus amigas—, no se da cuenta de que prefiero un fin de semana bucólico en Tandil que esta cartera de marca, carísima, difícil de llevar en el colectivo.” Ellas, entonces, empezaron a llenarle la cabeza, que no era normal que él diera tantas vueltas para un sencillo viaje a Francia. Después de todo, habían pasado más de nueve meses desde que se habían visto las caras por la ventana.

Un día Paca se decidió y planeó unas vacaciones en Francia. Faltaba un mes y medio, pero se cuidó muy bien de decirle nada a nadie. Ni a Philippe, ni a su familia, ni a sus amigas. Tenía la información indispensable: la dirección de Philippe. No necesitaba nada más. Sólo tenía que armarse de valentía. Se sabía corajuda.

El 18 de agosto, Philippe voló a París. El 20 de agosto, salió Paca en otro avión con el mismo destino. Llegó a la capital francesa el 21, bien temprano. Fue directamente a la estación de Montparnasse para tomarse el tren a Pau. Le costó 92 euros. Cinco horas y media después, un caluroso día de semana terminando la tarde, llegó a una antigua puerta negra que custodiaba un típico edificio francés de tres pisos. Tocó el segundo y atendió Charlotte. La suegra. Paca se anunció como amiga de Philippe. Le abrió. Canosa, pero espléndida, Charlotte pisaba los 80 y tantos y estaba acorralada por un principio de Alzheimer. Paca se dio cuenta de que algo andaba mal apenas entró al departamento. La foto de la mesa de la entrada mostraba a un Philippe bastante joven, rodeado de tres chicos pequeños y una lindísima mujer de pelo largo y oscuro.

Creyó que se descomponía. Le bajó la presión. Charlotte sonreía sin entender nada. ¿Una amiga de Philippe de la

“Argentine”? El francés fluyó a duras penas, pero Paca se enteró así de que Philippe vivía en el tercero, el piso de arriba, con Isabelle y sus tres hijos adolescentes. ¿Por qué le había dado su piso?, le preguntaba Charlotte muy confundida. Pero Paca no se confundía nada. Inmediatamente se dio cuenta de toda la farsa. De su sublime candidez y de su poca viveza. ¿Cómo no se había percatado antes? Y ahora, ¿qué hacía con sus ganas de llorar tirada en el piso de roble de esta suegra imaginaria? ¿Cómo seguía esta agria historia de imposible final feliz? ¿Le rompía todo el departamento? ¿Se iba con la frente en alto y sin dejar rastro? ¿Era justo que le saliera gratis tanta mentira a este viejo mentiroso e hijo de puta? Ella era un affaire, una circunstancia pasajera en la vida de él. La estafada amante sudaca, se flageló desolada.

Lo decidió en dos segundos, entre la locura de la traición inesperada y la irracionalidad que resulta de semejante engaño. Se olvidó de la dignidad, de los preceptos de sus padres y de tanta pacatería social.

Le insistió a Charlotte con el cuento de que era una amiga argentina de ambos, que había viajado hasta Pau especialmente a visitarlos de sorpresa, que si podía abrirle para esperarlos arriba. Charlotte, cándida, buscó las llaves, le abrió amablemente y la dejó instalada. Al minuto, la niebla de su mente hizo que Charlotte se olvidara de Paca, la “argentine”.

No había nadie en el departamento. Paca lo husmeó con gusto y tranquilidad. Divino todo. Blanco y moderno por dentro. Luminoso hasta encandilar. Ella hubiese querido vivir así. Decidió que por un rato sería la feliz mujer de Philippe y ésta sería su vida. Dejó el bolso en una banqueta a los pies de la cama del cuarto de Philippe e Isabelle. Se sacó la ropa y la fue dejando tirada. Un reguero sobre el piso de madera que

iba desde el vestidor hasta el baño pasando por el dormitorio: campera, pantalones, borcegos, corpiño, medias, remera, bombacha, los papeles del viaje… Entró al baño completamente desnuda. El piso blanco era fresco y agradable, pensó cuando caminó hacia la ducha. Se metió bajo la roseta gigante y abrió la canilla. El agua se mezclaba con sus lágrimas. Lloró a mares y sin apuro. Salió sin poder respirar. Tenía la nariz totalmente tapada. Agarró una toalla gigante, mullida y esponjosa, se sonó la nariz con ella y después se envolvió entera. Se miró al espejo y vio que todavía tenía el rímel pegoteado bajo los ojos. Tomó una loción limpiadora que había en el mueble y la toalla blanca de manos que colgaba impecable. Se restregó la cara y los ojos con fuerza. Toda manchada de negro la tiró al piso. Se paró sobre ella mientras, mirándose en el espejo, se apretó con exceso de energía un punto negro de la nariz. Deambuló en bolas hasta el vestidor. Se puso un pijama blanco con rayitas azules que encontró en un estante. Volvió al baño y se secó la cabeza con el supersónico secador. El cepillo quedó boca arriba sobre la mesada de Carrara, lleno de pelos rubios. Isabelle era morocha, pensó feliz al recordar la foto que le había dado el disgusto cincuenta minutos antes. Eligió un perfume y se roció cada centímetro del cuerpo. Empezó por los pies, las piernas, los brazos, las lolas, la cabeza. “Exquisito”, graznó en voz alta aunque estaba sola. Se lo puso en la cartera.

Fue a la cocina y se hizo un café. Qué gracioso, tenían la misma cafetera blanca. Claro, se la había regalado Philippe. Le temblaron las manos de la rabia. Desparramó, sin querer, el azúcar por el piso y la mesada. Apretó unos granos con su dedo índice y se lo chupó. Abandonó la taza sucia, a medio tomar, sobre la isla de mármol. Se sentó agotada. Quizá

estuvieran por llegar. Y los hijos adolescentes, ¿vivirían allí o estarían de vacaciones porque era verano? Fue otra vez al baño, vio todo el maquillaje y eligió una barra de rouge Chanel. Se pintó los labios con fuerza. “Demasiado rojo —pensó—, no me gusta, es ordinario.” Fue al dormitorio, prendió el aire acondicionado en veinte grados y se tiró en la cama gigante. Rebotó placenteramente. Frotó la boca contra la funda de lino para quitarse ese labial estridente. “Parece sangre”, suspiró, y se rió con histeria. Hundida entre las almohadas de plumas, palmó. Se quedó profundamente dormida. Eran las siete de la noche, pero la luz del verano entraba por la inmaculada ventana. Una ventana muy distinta de aquella por la que se habían visto con Philippe por primera vez.

Si fue Philippe o Isabelle el que la vio primero enroscada en el edredón de plumas, no lo sabe. En las telarañas de la profundidad del sueño sí recuerda el susto que se dieron ellos, los alaridos y los reproches, las justificaciones y las falsedades. Más mentiras, pensó con frialdad. Ya no tenía lágrimas. Así que mientras volaban las cosas por el departamento y los gritos desencajados templaban el ya caldeado ambiente, ella agarró su bolso y recogió su ajada ropa de viaje. Se vistió rápido y en silencio. Él estaba sacado como nunca lo había visto. Ni se le acercó. “Soy como la peste”, reconoció, y evitó mirarlo. Escuchó que Isabelle lloraba y gritaba sin tregua, mientras él pretendía explicarle lo inexplicable. Se fue sin chistar. Eso sí, se llevó también el pijama blanco a rayas azules hecho un bollo en la cartera. Era un souvenir íntimo. “Qué menos”, se dijo.

Volvió a la Argentina en cuarenta y ocho horas. Cambió su línea de celular y dio de baja el teléfono fijo. Puso en alquiler el departamento con el consentimiento familiar y alquiló otro

a dos cuadras. Sin llorar, tomó la decisión de olvidar y de no mencionar a Philippe nunca más: ni a sus amigas ni a sus padres, que jamás supieron de su breve incursión por el país galo. Llevó a ferias de ropa usada todos los regalos que él le había hecho. Empezó de nuevo, con menos dramatismo que el que había pensado.

Contra todos los pronósticos Paca cambió de barco justo cuando se empezaba a hundir. Rápidamente, otra historia ofició de perfecto salvavidas. La rescató un hombre del aire, un buen piloto de tormentas, que la ancló a su cielo donde Paca, aún hoy, intenta ser feliz. Su breve, pero intenso, amor franchute quedó guardado bajo siete llaves que ella tiró a la basura. Au revoir.

Paca se empecinó con el olvido. Pero descubrió que la tiranía de los sentimientos no sabe de decretos, hace lo que le da la gana.

Un amor publicitario

A Marina siempre le habían gustado las historias estrambóticas y confrontar los límites sociales impuestos por las estúpidas normas que la rodeaban. Pero el desafío era más por satisfacer su ego de sentirse distinta al resto que por una convicción intelectual, religiosa o política. Todo en Marina navegaba en aguas poco profundas. Marketing y publicidad eran lo suyo, así que la profesión y su personalidad se llevaban bastante bien, no hacían demasiado ruido.

Su búsqueda del amor a toda costa la llevó sin escalas a un romance tan fallido como los que venía teniendo en los últimos años. El dulce taxista porteño que conoció haciendo dedo en el sur, el estudiante panameño que compartió clase con ella en un curso de tai chi, el ex presidiario que trabajaba en un kiosco, el desencantado con la vida en sociedad que pretendía vivir girando por el mundo como mochilero. Cada novio pasaba por su casa como si fuese el elegido definitivo, obligando a sus padres a experimentar cierto desasosiego por los personajes poco convencionales que elegía el corazón de Marina. Los romances duraban poco y solían terminar de improviso o en buenas peloteras. Marina, tal cual lo explicaba un amigo que la apreciaba mucho, era una turista por la vida deshojando margaritas a troche y moche, pero sin llegar jamás a buen puerto. Sus historias nacían truncas porque no había sustancia de fondo, sólo un turisteo por la problemática del partenaire del momento. La cultura de Marina se iba

tallando con cada hombre que conquistaba. Poco después, las obvias e infinitas diferencias hacían incompatible la continuidad de la relación.

Así fue que Marina, la publicista, llegó a pasar unas vacaciones a Jamaica. Viajó con una amiga y ansias de aventuras no confesadas. Arribó alegremente impune al aeropuerto y de una se mareó con la escultural raza negra, con los colores y la alegría sobrenatural que lo inundaba todo. Le hizo gracia el taxista zigzagueante y el reggae a todo trapo que escuchaba el conductor. “Qué divinidades de hombres y mujeres”, pensó encantada.

Ellas eran dos rubias a fuerza de tintura, de piel blancuzca, decididas a adquirir el color del carbón por fuera y hacerlo circular por sus venas en forma de tinta apasionada. El mar turquesa prometía un amor tan líquido y escurridizo como el agua misma. Lo primero que acometieron fue la obviedad de hacerse mierda el pelo con unas buenas rastas, para sentirse a tono con el medio.

En la tierra de Bob, Marina descubrió las canciones de Ziggy Marley, su hijo, una estrella sin tanta estrella como el padre. Y fue, justamente, en ese recital reggae del heredero, al borde de un acantilado de vértigo, que conoció a su nuevo amor, negro como la noche, bello como Tiger Woods y de sonrisa estupenda. Entre tragos, vendedores ambulantes, fumadores europeos de marihuana e imitadores berretas del estilo de Bob, Marina entró a una tiendita de mala muerte de souvenirs jamaiquinos. Un perro desmayado de calor en la puerta y un dueño, tan desganado como el perro, la miraban mientras revolvía gorros dentro de una caja. Se probó uno negro, con visera símil cuero, con tiras verdes, coloradas y amarillas. Puro plástico para transpirar y convertir el cerebro en un invernadero de ideas muertas. Se lo calzó en la cabeza

sobre el manojo de pelos trenzados. En eso estaba, cuando se percató de que el profesor de tenis del hotel donde se alojaba la miraba desde la galería, apoyado contra una columna de madera. Era el que veía pasar, todas las tardes, por el borde de la pileta, con su bolso gigante. Él hacía bailar su raqueta de tenis entres sus largos dedos. Ella observó sus zapatillas blancas, su remera celeste con cuello polo, su short impecable, su prolijo pelo al ras y unas piernas de ébano lustrosas. Quedó bizca. Le pareció insólito el deportista impoluto entre tanto jolgorio. La cara, en sombras, no la distinguía con todo detalle. Pero, como dos naftalinas giratorias, sus ojos brillaban cuando estalló su sonrisa con mil dientes. "Magnífico", pensó Marina, nunca había había visto una belleza semejante. Su piel se confundía con el fondo del oscuro cielo. "Parece tallado por Miguel Ángel", pensó.

"Soy Morris", así se presentó y le explicó que venía de dar unas clases nocturnas. Le aseguró, seductor, que el gorro le quedaba muy bien. Su voz áspera le pareció a Marina supersexy. Ella pagó los diez dólares sin discutir al apático vendedor y salió del negocio con Morris, que la chamuyaba en un pobre inglés. Iban caminando juntos, componiendo una estrafalaria pareja, en un recital lleno de turistas chispeados y sudorosos, ávidos por experimentar una noche nativa. Jamaica no problem, la frase de cabecera, alcanzó, esa noche, su apogeo para Marina: se había enamorado a primera vista.

Un par de cervezas, contoneos al ritmo de la música de Ziggy y, al final, el caballero Morris acompañándola, mientras la tomaba por la cintura, las veinte cuadras hasta el hotel. Su amiga se había esfumado con un nuevo amigo italiano. Perfecto. Antes de despedirse, Morris la invitó a una clase de tenis al día siguiente, a las 14.30. "Con este calor moriré en la cancha", pensó acertadamente Marina. Unos insoportables 35

grados era la media. La ilusión de la aventura con el profesor de 29 años pudo más que el miedo a colapsar infartada.

Al día siguiente hubo tenis con raqueta prestada. A la media hora, empapada y agotada, desistió. Morris entendió, después de todo la clase era sólo una excusa. Adorable y educado, marchó con ella a la playa. Chapuzón turquesa y juegos de manos en ese cálido mar sin olas. Hoy sí lo veía bien. “Nieve y carbón, el carbón derrite al hielo y la nieve enfría los fuegos”, se dijo divertida pensando que el juego de palabras podía funcionar como eslogan. Su nueva sombra no se separaría de ella en los días siguientes.

Esa misma noche empezaría el romance, en el bar del hotel al borde del mar. Bajaron con sus cervezas a la orilla, donde llegaba la marea con una suavidad increíble. El primer beso se lo dio mientras estaban tirados sobre la arena, apoyados contra el tronco de un árbol caído. Entre susto y diversión Marina pensó que se la iba a tragar. “Esos labios enormes son como una gigante sopapa”, se dijo con humor. Una boa constrictora vino a su mente, y se le escapó una carcajada. Él le preguntó de qué se reía y tuvo que mentir. Marina no podía dejar de pensar que sus amigas morirían de envidia si volvía con este bello novio jamaiquino. Quería sacarse fotos con él para lucirlo en las redes, pero no se animó por miedo a que él se ofendiera. Marina no se paró a pensar en las diferencias kilométricas de las experiencias vividas ni en la problemática en la que podría estar inmerso Morris en su tierra natal. Ése era el principal escollo en todas sus relaciones: ella no se planteaba nada más allá del arrebato pasional. Se miraba el ombligo en la playa y en la vida. Él la avanzó lenta, pero vorazmente. Pasó sus manos por debajo del vestido de flecos. La acarició mientras Marina se preguntaba si sería conveniente dejar pasar lo que vendría después. No hizo falta,

él sorpresivamente no prosiguió en su avance. La dejó al borde del hervor y sin posibilidad de quejas.

A la noche siguiente, ya levantada al máximo la temperatura corporal, se dio el encuentro. Fue en la cabaña que Morris ocupaba dentro del hotel. Resultó una maravilla. Él era experimentado, tranquilo y masculino. Marina sentía que se fundía en esos brazos largos, oscuros y musculosos. Lo miró dormir y agradeció la oportunidad de haberlo conocido. Le acarició la cabeza para sentir las ondulaciones de su pelo naciente. Otra cultura, otra raza, otra lengua, otro sexo… se maravillaba.

Ver a Morris a la distancia le resultaba un desafío. Había que distinguirlo del resto de sus compatriotas a los que ella, a lo lejos, veía demasiado parecidos. Se reía pensando que podía equivocarse. ¿A él le pasaría lo mismo? ¿La confundiría con esas desabridas turistas rubias norteamericanas que se cruzaron en el lobby? ¿Le daría igual una aventura con cualquiera o sentía algo diferente por ella? ¿Cuánto podía creerles a esos ojos de paisajes ajenos?

Ella empezó a reconocerlo por su modo de caminar y de inclinar la cabeza cuando la miraba. Por otro lado, Morris era de los pocos que se vestía a lo tradicional. Remeras, jeans o bermudas. Nada de dreads ni remeras batik. Fue el primero en decirle para qué se había hecho esas rastas en su divino pelo. Marina se dio cuenta de que él hubiese preferido su larga, lacia y abúlica melena.

El humor y el sexo funcionaron muy bien para vencer las primeras barreras. Él la protegía y la buscaba. Nunca una excusa ni un plantón. Los programas salían en automático. Morris empezó a aparecer siempre después de sus clases de tenis. Ella dormía al sol en la reposera con la seguridad de que vendría. Y él venía y la sorprendía con un beso. Los

demás turistas miraban curiosos. Marina, orgullosa. Se sentaba con ella y pedían algo al bar. Después, en la moto de Morris, visitaban playas desiertas o inventaban alguna excursión. La llevó a conocer a su madre, detrás de las montañas azules, donde los turistas no iban. Ella viajaba en la moto abrazada a su negro adorado. Conoció al hermano, que trabajaba en un hotel nudista, y a muchos de sus amigos. Entendía la mitad de lo que hablaban; “el dialecto patois es un acertijo de lenguas entrelazadas”, pensaba Marina. Pero él la abrazaba y eso le sobraba.

Así que cuando se acercó el día de su partida, Marina decidió extender sus vacaciones. Más días, una yapa para el amor. Él aprobó feliz. Avisó a la agencia de publicidad que llegaría en otra fecha y su amiga se volvió sola a Buenos Aires.

Marina se quedó con su amor de campaña publicitaria dos semanas más. Ya se había animado, para ese entonces, a fotografiarse con él en muchas ocasiones. Aun así se cuidaba de que él no se sintiera un objeto pintoresco para ella. Los devaneos sobre hijos en común, color café con leche, empezaron a hacer estragos en su toma de decisiones. ¿Me quedo o me voy? ¿De qué trabajaría yo acá? ¿De qué trabajaría él allá? Todo ocurría aisladamente en su cabeza alocada. No en la de Morris que, jamás de los jamases, pensó en abandonar su isla con rumbo sur, hacia un país que ni siquiera había mirado con atención en el mapa.

Cuando se fue su amiga, ella y Morris se mudaron a su cabaña sobre el mar. Miraban el horizonte y las palmeras desde la cama. Un nuevo nido, sin aire acondicionado ni lujos pero con mucho deseo para la recién formada pareja. El calor pegajoso no la dejaba dormir demasiado, pero no disminuyó su afán de aventuras. Él le curó la alergia al sol con unas

largas hojas de aloe vera. El asco a las cucarachas gigantes que solían caer de los techos de paja tuvo que soportarlo sin recetas. Aun así, moría de amor. Se vislumbraba con un colorido trapo enroscado en la cabeza, en un simpático rancho en medio de las montañas, acunando niños oscuros de nariz perfecta y rulitos apretados. Pensaba nombres y cómo los recibirían en Buenos Aires cuando fueran de visita. Le daba un poco de temor... ¿Tendrían dinero para todos los pasajes? ¿Los aceptarían bien? ¿Podrían discriminar a sus hijos?

Mientras, Morris le contaba de su padre ausente y de los torneos que había jugado en los Estados Unidos, cuando ocupaba un lugar en el ránking jamaiquino. Marina ya no quería pensar en el sueldo de su trabajo de redactora creativa en la agencia de publicidad, ni en sus padres previsibles, ni en su confortable casa con pileta, ni en la seguridad de la prepaga. Sólo soñaba aturdida con una vida en colores diferentes. En mares celestes y vegetación profusa, en mimetizarse con su Morris y sus costumbres. Con 26 años todavía se permitía algunas gansadas. Por ejemplo, pensar que ese cambio sería sencillo. Que el amor iba a soportar todo sin hacer crujir los cimientos de sus vidas. Pero la brecha entre la fantasía y la realidad se abriría inexorablemente. Y dinamitaría la base maleable sobre la que estaba construyendo su fantasioso parque de diversiones, donde el otro no contaba demasiado.

Una noche Marina estaba en la cabaña hirviendo unos fideos. Le había venido, era su primer día del período menstrual. Él lo sabía. Cuando Morris la vio con la cacerola puso cara de espanto. Le dijo que las mujeres no debían tocar nada en esos días. “Nada es nada”, aclaró, y menos que menos comida. “Guau —pensó ella—, qué mentalidad

atrasada —se enojó.” Marina, que no había cocinado por nadie ni un tallarín, era cuestionada. Fue la primera pelea. Fideos a la basura y recobraron la calma. Pero la cabeza la empezó a traicionar. Recordó a la madre de Morris: cuatro hijos, distintos padres y ningún marido a la vista. El adorado Morris, que sólo tenía una raqueta y una moto para subsistir, era el tercero de los hermanos. De golpe se sintió culpable sin saber bien por qué. Se vio un poco estúpida y frívola. El romanticismo turístico se resquebrajaba sin remedio. Pero el Adonis de ébano la embelesaba. Otra noche, salieron a bailar. Él mostró una nueva hilacha que no le gustó. Se emborrachó mal. Hasta el punto que generó una pelea en el boliche. Ella se asustó y lo enfrentó. Le dijo de irse, pero él quería pelear con esos tipos a toda costa. Para sacarla del medio le tiró un manotazo a la cara; ella esquivó el cachetazo. Enojada y ofendida, se fue con su vestido largo de colores bananeros arrastrándolo por la banquina de la ruta que la llevaba a su momentáneo hogar. Eran las cuatro de la mañana y tenía que caminar seis kilómetros en la oscuridad. Empezó a tener miedo. La vegetación, a los lados del camino, no dejaba ver demasiado. ¿Y si aparecía alguien y le hacía algo? Caminaba decidida mientras lloraba con desilusión. A mitad de camino, un amigo de Morris, que iba en bicicleta y cantaba música country en los hoteles, la reconoció. Dejó de pedalear y le preguntó qué le pasaba. Marina se secó las lágrimas, le contó la pelea y aceptó que él la llevara en el manubrio de su bicicleta. Los volados del vestido dibujaban el aire. “Cowboy”, le decían al cantante, que resultó un encanto de tipo que la dejó en la puerta sana y salva. Llegó agotada emocionalmente. Se durmió llorando y pensando qué haría. Dos horas después escuchó llegar la moto. Se hizo la que se había despertado cuando Morris entró borracho, pero él se

tiró a dormir totalmente vestido. Ella pretendió hacerle un planteo, dos planteos… no hubo caso. Nunca había tenido un borracho como una cuba al lado. Los planteos tendrían que esperar. Al día siguiente, no supo por qué, dejó pasar el asunto. Le salió natural.

Pero como suele suceder con los entripados no resueltos, el problema volvió a repetirse. En la siguiente salida, Morris fumó marihuana hasta quedar tarado. Esta vez le dijo cosas sin sentido y muy machistas. Que no podía hablar con nadie sin su permiso, que no se pusiera ese short blanco demasiado corto y algunas tonteras más. Otra vez pelearon. Aunque volvieron juntos, él cayó otra vez redondo sobre la cama y empezó a roncar. Marina lo miró con desprecio. Le dieron instintos asesinos por la falta de empatía de Morris y sus costumbres emergentes. Ya no veía la escultura tallada por Miguel Ángel, veía un tipo panza arriba roncando como una turbina. Blanco, negro o pelirrojo daba igual, era un Adán caído en desgracia. Había que expulsarlo del reino de su cuore. No quería ser la llorona de las noticias ni consagrarse como una imbécil. No hubo reconciliación ni sexo esta vez.

Marina pensó que se había dejado engatusar con la vida fácil de la turista y había comprado fantasías. Que la realidad le estaba resultando bastante más diferente de lo imaginado. Por fin estaba madurando y sacándole punta a su inteligencia de joven malcriada. “Si en tan poco tiempo ya habían ocurrido dos eventos de estas características, la pareja podía derivar en un total disparate”, reflexionó. Primó la cordura. Se permitió llorar, en silencio, toda la noche. Eran lágrimas de despedida. Se sorbió los mocos con dignidad. Él ni se enteró.

Al día siguiente hicieron una bella excursión a unas cataratas transparentes porque en dos días más ella se

volvería a su país. No dijeron nada, ni hablaron de futuro. Era un “chau, me encantó conocerte”, sin dramatismos.

De pronto todo lo vivido le sonó a divague. Este amor no tenía cuerda. Ella lo intuía mujeriego. Y no se equivocaba. Él la intuía frívola y absolutamente ajena a su mundo, como todas las turistas. Tampoco se equivocaba. Ella coleccionaba historias exóticas que no podían traducirse en la cotidianidad. Y él coleccionaba amores extranjeros que siempre lo abandonaban. La vida era como era y ellos habían nacido distanciados. Acortar ese enorme trecho era una tarea demasiado laboriosa que no sólo le competía al amor, sino también a muchas otras cualidades.

Cuando se despidieron, en el aeropuerto de Montego Bay, dijeron hasta luego. Ambos sabían que no era cierto. Nunca más volverían a verse. Unos mensajes por WhatsApp mitigaron las primeras nostalgias, y algún que otro audio circuló de norte a sur intentando dar forma a algún recuerdo. No más que eso.

Apenas pisó la Argentina, Marina cambió el chip interno. Como en su loca aventura no se había cuidado, lo primero que hizo fue comprarse un test de embarazo que dio negativo. Respiró aliviada. El aborto no era algo que Marina contemplara, pero acunar a un hijo sola y que delatara a simple vista su aventura en tierras lejanas, tampoco. Lo segundo fue un examen de HIV. Quién sabía cuántas mujeres del mundo se habían acostado con Morris y por extensión con ella… La espera de unos días la tuvo en ascuas. Cuando buscó el resultado le temblaban las manos: otro negativo. Le volvió el alma al cuerpo y decidió que nunca más volvería a correr este tipo de riesgos. Se reconocía frívola, pero pretendía no ser una completa idiota. Inmediatamente puso en marcha un nuevo operativo: la búsqueda de un aburrido amor que no

sobrepasara ninguno de los límites que antes desafiaba. Mejor alguien del mismo color, de la misma religión, del mismo barrio y de la misma edad. “Mejor un calco mío”, remató agotada. “Estoy pensando como mi vieja”, se dio cuenta. Borró contacto y fotos en todas las redes. Para empezar de nuevo a buscar novio quería indulgencia plenaria, comenzar de cero. Sólo se quedó con esa foto impresa con Morris, abrazados frente a una pared de colores del bar de la playa. La puso, entre otros papeles, al fondo de una caja en un placard. Algún día, en el futuro, quizá alguien diría: “Y este que está con mamá de joven, ¿quién carajo era?”.

Las diferencias culturales pueden resultar abismos difíciles de sortear. No todas las mujeres están preparadas para dar ese vertiginoso salto sobre el vacío que supone borrar todas las barreras impuestas.

El alma inquieta de Marina, al fin y al cabo, no había resultado ni tan valiente ni tan exploradora.

El embarazo inconveniente

Sentada en la cuarta fila y apoyada sobre la pared del ventanal que daba al patio, Verónica sentía que se desmayaba. Le había bajado la presión. Pidió permiso para ir al baño. La profesora de historia le dijo que sí. Pero el malestar siguió todo el día. Estaba revuelta. La mandaron a su casa y faltó al colegio el resto de la semana. Algo le había caído mal. No pasaba nada. Era su forma de domar el miedo. Estaban a principios del mes de abril, hacía poco que habían comenzado las clases.

Un tiempo después, ya por el mes de mayo, nuevamente se sintió mal. Hacía dos meses que no le venía, pero ese día había empezado a perder un poco de sangre. Pensó que era buena señal, que estaba teniendo, por fin, otra vez la menstruación. Se quedó tranquila y siguió con su vida escolar. Estaba en quinto, ya faltaba poco más de medio año para terminar con la tortura del secundario.

En junio ya no se preocupó por si le había venido o no. Se había olvidado del tema. Pero al empezar las vacaciones de invierno, la segunda semana de julio, notó definitivamente que estaba gorda, que los jeans no le cerraban ni a palos. Tenía las lolas enormes y los pezones oscuros. Su estómago, además, era un torbellino. Verónica se miró al espejo de su cuarto y no pudo pensar. El miedo le impedía cualquier tipo de razonamiento. Estaba paralizada frente a esa imagen que le devolvía el espejo y que no le dejaba margen de dudas.

Era una alumna medianamente buena y estudiosa. No tenía demasiadas amigas, su timidez extrema no la ayudaba. Hija de una familia muy católica y cuarta de cinco hermanos, no contaba tampoco con mucha atención de sus padres. “Por suerte —se dijo muy seria—, así no se dan cuenta de mis evidentes cambios físicos.” Fue en esas vacaciones que ella tuvo que aceptar lo que pasaba. Y que aquellas noches calurosas de febrero, en las que el amigo bombón de su hermano Félix se le había tirado encima a oscuras en su cuarto, habían tenido consecuencias. De carne y hueso. El mundo se le derrumbaba encima mientras ella miraba fijo, como impávida, su increíble reflejo aumentado.

No había sido gran cosa el asunto, ella hubiera esperado mucho más por lo que hablaba con sus amigas sobre el debut sexual. Fue rápido, un par de minutos solamente, bajo las frazadas, manos torpes y besos intensos que terminaron en una penetración veloz y un poco molesta. Pero Pablo le había encantado siempre y ella le había coqueteado durante años. Cómo resistirse. Se derritió con su aparición y su iniciativa. Era su sueño ponerse de novia con él. Tenía dos años más, era canchero y lo conocía de toda la vida. Ni loca lo hubiera rechazado. Para Verónica era la primera vez. Él no pareció haberlo notado y terminada la cosa se escabulló de nuevo al cuarto de al lado, donde dormían sus hermanos. Una fatal travesura sexual, que se repitió unas pocas veces más durante esos días en que él durmió como invitado en su casa. Verónica albergaba la esperanza de que Pablo rompiera la mutua timidez e hiciera alguna promesa, algún comentario sobre lo que pasaba entre ellos, sobre esos encontronazos rústicos luego de los cuales ninguno de los dos sabía demasiado cómo comportarse. Ilusionada y apasionada, Verónica quería más. Pero a Pablo no se le ocurrió proponerle

ponerse de novios ni dijo nada. Sencillamente, no estaba en sus planes. Así que, por las dudas, previendo que ella se enamorara y viniera con algún planteo, cortó las incursiones a escondidas. Simplemente se borró. Verónica quedó atónita, esperando que él reapareciera en cualquier momento a decirle que la extrañaba y a declararle su eterno amor. Nada de eso pasó.

Mientras su pena crecía, su cuerpo también. Los miedos por los malestares de abril y mayo, en julio cobraron forma definitiva. No tenía idea sobre lo que podía hacer. Pero aun en su candidez sabía que ya era tarde para cualquier decisión que fuera no parir a ese bebé. Tardísimo. Le parecía mentira que una persona estuviera creciendo dentro suyo. Era una pesadilla, pero también el recuerdo de su amor por Pablo. Emociones cruzadas.

Empezando el mes de octubre su panza la delató. Estaba enorme y redonda. Ella intentaba ocultarse con buzos y sacos grandes, aun cuando ya no hacía frío. Tenía los pies hinchados y se movía pesadamente. Sus compañeras de colegio cuchicheaban, se reían y murmuraban, a sus espaldas, que estaba obesa. Su madre, un día, la encaró en la cocina. Le dijo que ya no podía seguir engordando, que estaba que explotaba. La diplomacia no era lo de ella. Pero ante la mirada de miedo que detectó en su hija, se quedó mascullando intrigada. Por la noche, antes de irse a dormir, fue directo a su cuarto. Se sentó en el borde de la cama donde ella estaba acostada. Y tuvieron una charla que Verónica nunca creyó posible tener con su estricta y severa madre.

“Decime, ¿qué pasa con vos? No soy tonta y tuve cinco hijos. Así que largá la verdad antes de que nos dé un ataque con tu padre. ¿Tenés novio y no sabemos? ¡¿Qué hiciste?! ¿Estás embarazada?”, le tiró todo de una vez. Sólo la palabra

“embarazo” le sonaba irreal a Verónica. Un cachetazo asqueroso de la vida. No soltó prenda enseguida. Muda, congelada, mientras su madre la atosigaba con preguntas. La luz de la mesita estaba prendida. En la semioscuridad Verónica sólo atinó a asentir cuando se sintió absolutamente atrapada. Sus lágrimas redondas cayeron sobre la colcha de flores adolescente. Pegó su cara contra la almohada, quería desaparecer, ahogarse en su llanto, morirse.

No hubo abrazo materno. Ni caricias en la cabeza. Ni un carajo. Sólo hubo frases cortantes y resolutivas. La madre pasó a ejecutar lo necesario para resolver el inminente problema vital que se desarrollaba en el vientre de su hija.

Lo que pasó después, Verónica lo tenía guardado como en una nebulosa. Secretos en voz baja, médicos amigos, curas cercanos a la familia. Consultas y más consultas. Finalmente, le comunicaron que tendría su bebé veinte días antes de tiempo, que el cura, comprensivo, la mandaría a una casa de retiros donde pariría. Un médico de confianza la atendería. Estaría todo bien y el bebé sería dado en adopción. Así todos podían continuar con sus vidas tranquilamente, sin bochornos ni complicaciones. Cumplirían con la ley de Dios respetando la vida. Todo estaba cocinado.

Helada, Verónica no supo qué decir. Igual nadie le había preguntado nada. Ni siquiera habían indagado acerca de quién era el padre.

Cuando llegó el día estipulado, la llevaron de madrugada a una sala preparada, en una casona de la provincia de Buenos Aires donde los devotos se retiraban a reflexionar y rezar. Allí la esperaba la logia secreta del parto. Aterrada, se entregó a sus manos. Monjas, curas y médicos se hicieron cargo. La pusieron sobre una higiénica camilla. Le dieron anestesia y le indujeron el alumbramiento. Y, finalmente, sin demasiado

dolor ni sobresaltos, nació Simón. Fue lo único que pudo elegir, el nombre. Simón tenía la cara roja y arrugada, ojos chinos y diez dedos en las manitos. Tuvo el tiempo justo para contárselos. Se emocionó y lloró. Se parecía a Mariano. Jamás había dicho quién era el padre, ése era su secreto. No lo iba a delatar. Lo tuvo unos segundos a upa. "No te encariñes, querida, sería un problema", le dijeron. Le besó la diminuta nariz y percibió con ternura su olor a recién nacido. Pero su madre y la monja superiora se lo quitaron raudamente. Salieron de la sala con su bebé envuelto en un trapo blanco. Nunca más pudo volver a besarlo.

Verónica, en sus diecisiete años, era infantil y miedosa. Temía a sus padres, temía a la Iglesia, temía el escarnio, le temía a todo. No pudo quejarse ni se animó a protestar. Se recuperó rápidamente del parto. Se había perdido el viaje de egresados, pero pudo aparecer al final del curso y tuvo su ceremonia de egreso. Todos la creyeron curada de esa enfermedad grave que la había atacado de golpe... Pero esa Verónica que volvía al colegio ya no era la misma. Sus ojos opacados y su poca conexión con el resto fue más evidente que nunca. Nadie le dio mucha bolilla. En su casa tampoco. Cada uno siguió con su vida. Acá no ha pasado nada. Y pasaron años y años y años.

Finalmente, pisando los treinta, se casó con un buen tipo, José. Pero se negó tajante a tener hijos. No podía ni pensar en ello sin tener un nudo en el medio del pecho. Ella ya tenía un hijo, aunque nadie lo supiera o lo recordara. Y no sabía dónde estaba. ¿A quién se lo habrían dado?, se torturaba.

Verónica se había alejado de la Iglesia. Odiaba a los curas, a las monjas, las misas. Si existía un Dios, era el culpable de todo. En su nombre la habían humillado, le habían quitado a Simón. Una vez que se independizó de su familia, tampoco los

vio más. Los evitó sin dar explicaciones. Ni Navidades ni cumpleaños. No los soportaba. "Estrictos, hipócritas, preocupados sólo por las apariencias", se repetía con encono. La rabia la carcomía por dentro. José no sabía nada.

Un día iba con él, paseando al perro, cuando vio a un chico de la edad que debería tener Simón, unos quince años. Se convenció de que era él. Tan fuerte fue la conmoción que decidió contarle a su marido el secreto de su vida. Esa tarde, en un café, lágrimas de por medio, vomitó lo que había pasado. Lo que le habían hecho. Le habló de su inocencia, del dolor, del frufrú de la maléficas sotanas en la sala de parto, de la ignorancia de todo de Mariano —aquel amor inconcluso—, de sus ganas de conocer a Simón. Por primera vez en su vida se sintió escuchada y comprendida.

"Vamos a averiguar, no hay ningún derecho a hacer lo que te hicieron, son unos hijos de puta", le dijo furioso José. Él entendía ahora lo que antes le resultaba un misterio: que su mujer no quisiera hijos. Se dispuso a jugar la partida jamás jugada por ella. Citó a los padres y a los hermanos de su mujer y los enfrentó a todos en un tenso concilio familiar. Se armó la de San Quintín. Los suegros se hicieron las víctimas, todo lo habían hecho en pos del honor y el bienestar de Verónica. José les gritó en la cara que lo que habían hecho no tenía perdón, que lo cierto es que se habían preocupado por ellos mismos, por vergüenza puritana, por pacatería. Los llamó "insensibles" por no haberle preguntado a su hija qué quería. Exigió el nombre de a quién le habían entregado esa criatura recién nacida. Dijeron no saberlo, que de eso se había ocupado la Iglesia. La Santa Iglesia. Pidió el nombre del cura. Le dijeron que había muerto dos años antes. Los nombres de las monjas. No los sabían. ¿El médico? No estaba al tanto de la familia de acogida de Simón.

José desplegó sus dotes de investigador y comenzó la pesquisa.

Un hermano culposo de Verónica confesó, unos días después a solas con ellos, saber que Mariano había tenido un acercamiento físico con su hermana. Y que, atando cabos, había sospechado algo en ese entonces. Se había callado porque así era como estaban educados en su familia. El silencio negador era considerado una virtud. Nunca le había dicho nada a su amigo Mariano, pero sugirió que quizá estuviera bueno participarlo, aunque ya estaba casado y con hijos. También contó que había escuchado a sus padres hablando de una familia cercana, los Artigas, que habían sumado un hijo como propio a sus huestes.

Para Mariano fue una sorpresa saber que había tenido un hijo con Verónica. Lo tomó medianamente bien y dijo que si lo encontraban le daría mucho gusto conocerlo. Verónica sintió un agradecimiento profundo por Mariano. Se la había hecho fácil. Había resultado mucho más empático que su propia familia. José siguió adelante con su investigación y ubicó a los Artigas. Efectivamente, el menor se llamaba Simón y vivían en San Antonio de Areco.

Pero los Artigas fueron cualquier cosa menos comprensivos. Espantados con la aparición de Verónica y José, se encerraron en su discurso. Era ridículo lo que planteaban, sostuvieron, y no abrieron jamás la puerta. El último recurso era ir directo a Simón.

Alertado por sus padres sobre unos locos que querían confundirlo con su origen, no los quiso escuchar. No quería por madre a nadie que no fuera la que había tenido cada día de su vida, le dijo áspero al teléfono. Cuando Verónica insistió e insinuó que le gustaría conocerlo, Simón levantó la voz… que no quería que lo llamara más, que dejara de

intentar arruinarle la vida, que hasta su aparición había sido totalmente feliz. Quedó clarísimo que odiaba esa voz en el teléfono, a esa mujer ridícula que, a esta altura de su vida, llamaba deprimida a decirle que era su madre. No quería verle la cara.

Desistió. Le pidió a José dejarlo tranquilo. “El amor no nace por la fuerza”, le dijo. Entendió que el terreno que había perdido difícilmente podría jamás reconquistarlo. Por lo menos estaba vivo y decía haber sido feliz.

Verónica no soportó tanta desdicha. Tanto desamor acumulado en su vida. Sus padres no la amaban. Sus hermanos la ignoraban. El amor de su juventud se había borrado. La sociedad y la Iglesia la habían condenado. Su hijo la negaba. Sólo José, el bueno de José, era su salvavidas. No le alcanzaba para no naufragar, para llevar a cuestas tanta desolación.

Una tarde de agosto pegó una notita verde sobre la puerta de la heladera. Sólo había escrito con mayúsculas: “Perdón, José”. Era su breve despedida.

El veneno lo había comprado hacía tiempo. José la encontró ya fría cuando volvió de trabajar. No fue una sorpresa. Lo temido había ocurrido.

Los padres de Verónica pensaron que su hija siempre había sido difícil, una lástima, y lloraron amargados. Mariano lamentó el final de la historia y eligió olvidar su paternidad. Simón y los Artigas se sintieron, en su fuero más íntimo, tremendamente aliviados con su desaparición. Los hermanos palmearon a su cuñado en los hombros, comprensivos con su dolor, y volvieron a sus vidas. José fue el único que realmente lamentó su partida. No había llegado a tiempo a la vida de Verónica para salvarla de los estragos del desamor.

Las consecuencias de una familia atravesada por la

hipocresía, que no pudo amar al ser que venía creándose a contramano de sus creencias, terminaron siendo demoledoras.

En el entierro, al que pocos asistieron, no hubo sacerdotes. Hubiese sido una afrenta a la muerta. José, mientras estaban en la capilla, pidió un fuerte aplauso para su adorada Verónica y después puso a vibrar una conmovedora canción de Silvio Rodríguez. La creyó más que oportuna: “Debes amar la arcilla que va en tus manos, debes amar su arena hasta la locura y si no no la emprendas que será en vano, sólo el amor alumbra lo que perdura… sólo el amor convierte el milagro el barro”.

Pocos entendieron lo visceral del mensaje.

Piedad, amor y confusión

Hay relaciones que no nacen del amor propiamente dicho sino de otros sustantivos que se le parecen. Y generan demasiado desasosiego y confusión. Eso le pasó a Teresita, a quien, con 24 años y casualmente con nombre de santa, se le mezclaron los tantos. Saltó de la solidaridad a la empatía y, de allí, a una pasión que terminó en desencanto en pocos meses. De descubrirse como una católica culposa pasó, en ese tiempo, a revelarse para sí misma como una perra con cola de paja. Cuestiones de su psiquis con las que ni ella podía.

Todo arrancó durante una conversación con su amiga María Elena, que había empezado a practicar un voluntariado solidario tiempo atrás. Teresita quiso anotarse al instante. Estaba en la búsqueda de un sentido a su liviana existencia, cuando María Elena con su experiencia le abrió los ojos de un mundo distinto donde podía ayudar a otros y sentirse útil. Esta nueva vocación la remitió a un hospital de discapacitados, para gente sin recursos, que sufría los desastres naturales de la genética, de los accidentes o de la delincuencia. Lisiados de todas las edades, y provenientes de distintos lugares del país, convivían en varios pisos y salas kilométricas. El impacto en Teresita fue inmediato. El drama que se ocultaba detrás de cada historia, los olores impensados, el dolor físico al desnudo, socavaron las certezas con las que venía. Este mundo real hacía aparecer a su mundo anterior como alejado, como ajeno y ficticio. Algunos

pacientes estaban como Cristos, traccionados con coronas de clavos que mantenían estiradas sus columnas, durante meses. Otros, tullidos a pesar de cruentas operaciones que no podían devolverles sus piernas o brazos, mantenían la esperanza en la rehabilitación. Chicos y chicas, aburridos de mirar el techo, solos y lejos de sus seres queridos y carentes de todo. A Teresita, impresionada hasta el desvelo, se le quitó el hambre y se le *freezó* el corazón. Sólo el acto de comer le parecía una afrenta a este nuevo planeta desposeído de salud.

La idea era que los voluntarios se comprometieran y respetaran los días y horarios elegidos. Ella era del batallón de recreación, cuya misión era alegrarles la vida a los pacientes dos veces a la semana.

Lo primero que la sorprendió gratamente fue que ahí la gente reía mucho. Paralizados, sordos, dializados, eran, también, propietarios de la carcajada. Reían con más ganas que ella, con más ímpetu que el común de la gente de la calle que se la pasa rebuznando entre el tráfico o apretados en el subte. La risa rebotaba por las paredes y daba prueba de que la felicidad no dependía de tener dos piernas hábiles ni el cuerpo en completo funcionamiento. Teresita anotó en su cabeza: “un cuerpo descompuesto o en reparación no impide la alegría”.

Un par de semanas después, aprendió lo segundo, que era un poco más de lo mismo al revés. La incapacidad para ser feliz puede ser mucho más inhabilitante que las limitaciones físicas. Teresita anotó nuevamente: “mi cuerpo está en perfecto movimiento, pero mi continua inseguridad vulnera mis posibilidades de sentirme satisfecha”.

De todo ese maquinar devino una precipitada conclusión autoinculpante: “ellos me dan más a mí que yo a ellos, aprendo de los que sufren problemas graves porque

minimizan lo míos". Se alarmó porque descubrió su egoísmo: daba su tiempo para obtener algo que, al fin y al cabo, la beneficiaba.

Estos pensamientos empezaron a minar la relación con su novio, que veía, en la nueva vocación de Teresita, un estúpido complejo de niña pudiente. Una clase de vergüenza social inconsistente. "Como nunca tuviste quilombos ahora te parece que descubriste a los humildes, a los carenciados y a los discapacitados", le tiró sin anestesia.

Teresita lo sintió horriblemente injusto y gratuitamente agresivo. Se enojó con él y decidió tomar distancia. Adiós al hombre que su anterior "yo" había elegido. La estantería que se había armado con su vida tambaleaba. Los cristales estaban al caer para armar un desparramo.

De hecho colapsó llegando el verano. Tomás, uno de los jóvenes internados, que llevaba allí un buen período, fue el responsable. Un poco menor que ella, con una sonrisa implacable y una vocación por ser feliz inenajenable, conquistó con facilidad su corazón, que andaba huérfano. A Tomás, a los 16 años, una bala perdida le había partido en dos la columna vertebral. Se lo contó él, con detalles. De la cintura para abajo nunca más había vuelto a sentir nada. Pero el mundo para Tomás no se había detenido. Seguía girando. Se rehabilitó con constancia y ahora subía y bajaba los cordones de la vereda con destreza, jugaba al básquet en silla de ruedas y ejercitaba en barra para tener una fuerza descomunal en sus enormes brazos. Teresita admiró sus logros.

Excursiones a jugar al pool o a recitales, con el grupo de internados mayores en silla de ruedas, empezaron a reemplazar las tradicionales salidas de Teresita al boliche con sus amigos de siempre. Tomás tenía calle, carecía de familia y

era un sobreviviente. Jamás una queja ni un reclamo a la vida. Esas cualidades atravesaron su débil caparazón. Encandilada por su inmutable sonrisa y ese afán de superación, creyó darse cuenta de todo: se estaba enamorando.

El romance fue más que previsible para el resto. Todos bromeaban con ellos. No la amilanó que él se manejara en dos ruedas. A la semana del primer beso sentada sobre su falda, empezó a plantearse si podrían tener hijos, cómo sería el sexo con una persona con medio cuerpo inerte y cómo podrían mantenerse económicamente. Su cabeza iba más rápido que la realidad. La realidad sólo eran mimos atrevidos y charlas generales. Ella se sentaba con cuidado sobre sus piernas insensibles y sentía que estaban a la misma altura. Que las distancias se acortaban. Que caminar o rodar juntos por la vida era una opción factible.

El debut sexual de la pareja fue agradablemente revelador y ocurrió en un hotel alojamiento. Dos horas de dulce intimidad, en una salida permitida en la que Teresita estaba a cargo.

La ternura de cuidar de Tomás, que no había tenido ni mamá ni nadie, la confundió. Al punto que veía en Tomás a una inocente víctima de un atroz destino y no a un hombre real al que debía conocer más profundamente. Tomás avanzó en la relación sin complejos. No tenía nada que perder, se dijo. La intimidad se tornó intensa y fogosa cada vez que tenían la oportunidad. Ella descubrió sensaciones impensadas. No era el sexo tal cual lo había vivido con su novio. Era algo parecido, con iguales resultados, pero con más adrenalina. Habían caído todos los prejuicios.

Dos meses después de empezados los escarceos amorosos, Teresita tuvo su primera duda. Se enteró, por casualidad, de

que Tomás no tenía 16 años cuando recibió aquel balazo sino 19, ya era mayor de edad. Decidió averiguar más. No entendía por qué le podía haber mentido. Estaba con esa duda flotando en su cabeza cuando llegó el segundo golpe directo a la mandíbula. No había sido una bala perdida. “Él estaba asaltando un banco con una banda de chorros”, le dijeron bajito otros internados. Eran balas de la policía. “Epa”, se dijo Teresita, y quedó con la boca abierta. Perdió el habla por unos días y lo evitó como pudo. Pero terminó dudando de lo que los otros le habían contado. ¿Y si todo era una conjura? ¿Si los demás tenían celos por la relación que había surgido entre ellos? Nunca habían hablado de futuro, aunque ella ya lo había imaginado. Ahora temía equivocarse. ¿Si en el asalto había pasado algo más? ¿Era posible confiar en él? ¿Y si hubiera herido a alguien? Demasiadas dudas. Decidió encararlo. Se encontraron en la cafetería de la esquina y ella repitió todo lo que le habían dicho de una y sin respirar. Una verdadera catarata con voz tajante.

Tomás peló su mejor sonrisa y desbarató su estrategia de investigadora. Él dejó caer unas lágrimas. Ella le pasó una servilleta. Tomás siguió con la voz tomada. No se lo había contado por miedo a perderla, a que no lo entendiera. Él, juró, la amaba. Le relató sus miserias familiares con pelos y señales: los golpes y los abusos sexuales de su padrastro, la huida del hogar, la adicción a las drogas. Y remató con que el robo al banco había sido producto de la necesidad y de las malas compañías. Abrazados, hicieron las paces. Teresita sintió que le volvía la sangre al cuerpo. De a poco resurgía la heroína que debía salvar a su mártir de la injusta vida que le había tocado en suerte. Tomás venía a redimirla de sus propias banalidades. No podía abandonarlo. Había prejuzgado. Al fin y al cabo, le estaba exponiendo la cruda

verdad. Él estaba decidido a tomar la buena senda. Lo prometía por ella. Teresita iba a ser su lazarillo en el camino de salida de la oscuridad.

Pero la ciega resultó ser Teresita.

Pocas semanas más tarde se topó en el hospital con un policía de custodia. Estaba cuidando a un criminal que había entrado gravemente herido. Charlando con él resultó que sabía la historia de Tomás mejor que nadie. Se enteró de que en el famoso asalto al banco habían muerto dos empleados: el cajero y el guardia de seguridad. También, de que Tomás había pasado bastante tiempo entre la cárcel y el hospital, porque creían que había sido el autor de los disparos. Pero las pericias fueron contradictorias y no pudieron certificar la autoría. Finalmente, había sido enviado de nuevo al hospital. Iban a intentar una última operación para mejorar sus secuelas. La causa, todavía, estaba abierta.

Después de este relato, Teresita quedó con náuseas. En vez de ir a ver a Tomás, se fue directo a su casa. Recién ahí se permitió llorar. El desencanto era mayúsculo. Sintió que se le aflojaban las piernas y que crecía un agujero en su estómago que la hacía sentirse una idiota absoluta. “Me está pasando lo que yo creía que jamás me podía ocurrir —razonó—, creer inútilmente en alguien que no lo merece… Es un mentiroso patológico, utiliza su discapacidad para conmoverme, pretende que me apiade de sus faltas, pero me oculta la verdad. Si fuera el que disparó y mató a dos personas es un asesino —se dijo asustada, y marcó en el acto el teléfono de su psicóloga.” Volvió a terapia con la velocidad de un rayo. Dispuesta a lidiar con los temores que se habían despertado en ella.

“Tomás es un flor de hijo de puta —le dijo a la terapeuta—. Me utilizó durante meses, me considera una imbécil —siguió

vomitando toda su decepción en terapia." Tenía ganas de confrontar con Tomás y gritarle de todo, pero ella era una voluntaria que se había excedido en sus relaciones. No quería generar un escándalo. Además, ahora le tenía miedo. La terapeuta, nada lerda, apuntó directo a las premisas esgrimidas por Teresita y la puso a pensar. ¿Lo que había sentido era amor? ¿No estaba confundiendo piedad con enamoramiento? ¿No sería que la inestabilidad que le había provocado su pareja anterior la había hecho embarcarse en una relación que ella intuía más segura por estar en mejores condiciones físicas? ¿No era ella la que no había querido ver la foto entera de esa realidad en la que se había inmiscuido sin permiso? ¿Por qué había desoído las alertas? ¿Se había comportado como una egoísta mirando su propio interés? ¿Qué buscaba con esto? ¿Consagrarse a los ojos del resto como una joven solidaria capaz de saltar el muro del delito para salvar a Tomás de sí mismo?

Toda la mierda salía a flote en 45 minutos. Teresita desataba océanos de lágrimas. Porque no importaban los balazos disparados hacía tiempo, importaba que se había dado cuenta de que la solidaridad no era apropiarse de una historia ajena para ser feliz. Ser solidaria era otra cosa, era una cualidad tan profunda en la cual ella era incapaz de sumergirse. Que el egoísmo no era más que su ego llevado al fanatismo ciego. Su propio interés disfrazado de "dama rosada" bajo la etiqueta, ahora discutida, del amor. Tampoco importaba mucho seguir cavilando. Después de todo, determinar qué fue amor y qué no puede ser una eterna y estéril discusión.

Él se terminó casando con otra voluntaria que preguntó menos y no hacía terapia. La sonrisa imborrable de Tomás lograba en las mujeres una fe ciega. Después de todo no era

prueba de su inocencia, sólo de una buena tonicidad muscular sobre sus dientes muy bien alineados.

Tiempo de descuento

A Ema el amor le llegó un poco tarde. Como fruta pasada. Pero no por eso lo disfrutó menos.

Ella y Juan vivían en un mismo complejo de departamentos, para gente mayor, donde no se aceptaban niños ni mascotas. Sólo mayores que se valían por sus propios medios. Ella llevaba unos espléndidos ochenta y la cabeza blanca porque odiaba teñirse las canas. Él era un joven setentón seis años menor, un buen mozo emprendedor venido a menos, con un hijo en tierras lejanas. El amor llegó como una bola de fuego, a pesar de que ambos suponían ya apagadas todas las brasas.

Cuando se conocieron primero compartieron juegos de cartas, en el salón común del edificio. Luego, alguna comida tempranera en los restaurantes del barrio. Así, poco a poco, una noche los encontró viendo una película muy arrimados. Ancianos bajo la manta. Para sorpresa de ambos la pasión, como un juego, los empezó a desbordar. Ema recordó, en ese preciso momento, una frase de *El amor en los tiempos del cólera*, aquella novela de García Márquez que la había enloquecido, donde el escritor hablaba descarnadamente del olor agrio de los cuerpos en la vejez. Como temía algo de eso, fue rápidamente al baño y se llenó de perfume para ahuyentar los fantasmas y disfrutar sin miedos. Limpia, fresca y bien perfumada, se encendió para él, bajo esas manazas que se deslizaban suavemente sobre ella. Juan le dijo al oído que

estaba encantadora y sensual. Ella se rio como una adolescente atrapada en una vieja carcasa. “Lo bueno de la edad —pensó— es que, como sabés que te queda poco tiempo por delante, sos capaz de disfrutar sin esas infructuosas distracciones que genera el problema de la imagen. La inseguridad te quita tiempo y felicidad —sentenció segura de haber encontrado la frase justa para expresarse.” Él funcionó como un preciso y viejo reloj a cuerda. Lo que ocurrió fue mucho más agradable de lo que ninguno de los dos hubiese esperado.

Las citas, a partir de allí, se convirtieron en una constante y placentera necesidad. Era perfecto eso de tenerse a full el uno al otro, sin compromisos ajenos a la pasión madura, reflexionaban. Nada podía interrumpirlos, salvo la muerte, le decía Ema —que siempre había ostentado un gracioso humor negro— a Juan.

Cuando sus nueras preguntaron por el noviazgo, Ema les dijo sin tapujos que sentía lo mismo que había experimentado a los veinte y a los cuarenta años, por los padres de sus hijos. “Calentura pura y cosquillas en el estómago”, les graficó, sin ruborizarse. Los hijos no querían escuchar las peripecias amorosas, pero ellas y las nietas se divertían como locas con los relatos de la abuela.

Ema había padecido a un primer marido inimputable y vago y, luego, a un segundo que le había proporcionado unos cuernos descomunales. Había llorado, con ganas, varias etapas de su vida. Así que el amor sin artilugios que la sorprendió en la octava década se le antojó el mejor de todos.

Ema y Juan se volvieron inseparables. El bingo de los sábados; las salidas a tomar algo a los barcitos de la zona; las comidas a solas y las charlas de la noche; el sexo trabajoso, pero sin prisa ni temores; la espera conjunta en la parada del

colectivo cuando ella se iba a trabajar. Ema, a sus años, trabajaba para completar su jubilación y su pensión: acompañaba, todos los fines de semana, a una mujer de 52, que cursaba una espantosa demencia anticipada. “Ironías del destino, decididas por Dios —le contó risueña Ema a Juan, con cierta liviandad y desparpajo—. Por suerte, en nuestra familia, no han pasado estas desgracias —remataba cuando hablaba de su paciente.” Como el condominio y la prepaga los pagaban sus hijos, el resto del dinero quedaba para ella, para pasarla bien.

Ema siempre había tenido la cualidad de no preocuparse en exceso por nada. Ahora, iba por la vida más liviana de temores que nunca y saboreando lo que quedaba.

Ésta era, sin dudas, la etapa más feliz de su vida. Cero responsabilidad, cero compromiso. Lo repetía sin vergüenza ante sus hijos. Ésta no tiene filtro, comentaban a sus espaldas, pero podían ver que era absolutamente cierto.

Ema se rio a carcajadas el día en que una de sus nueras, al escuchar sus osadías sexuales octogenarias, le dijo que tuviera cuidado porque podría descaderarse. “Mirá si se te jode la cadera, es un problema”, le advirtió. Ema, sin parar de reírse, le espetó: “No m’hija, nada de eso, estoy regia y en forma”.

Ella no estaba ni sorda, ni ciega, ni impedida ni nada. Nadaba todos los días, trabajaba sábados y domingos y tenía dos veces por semana, no sin esfuerzo, su cuota sexual. Lo más difícil era lograr que él funcionara. Era una tarea agotadora, pero que daba frutos. Para ella, llegar al orgasmo resultaba más fácil. No se le había olvidado nada, tenía mucha imaginación y deseos guardados. “Me siento de quince”, se atrevió a decirle a su hijo mayor, y casi lo infarta.

Pero, como en todos los aspectos de la vida, el exceso de ilusiones trae siempre aparejada la decepción. Es inevitable.

Juan resultó a la larga y a la corta un poco pelmazo. Demostró ser celoso y se empezó a sentir un poco el propietario de su novia casquivana que se iba a trabajar o encontraba programas con amigas más jóvenes. Entonces, la empezó a acompañar obsesivamente a todos lados. Ema comenzó a ahogarse con tantas atenciones, pero no dijo nada. Su refugio ya no era tan cómodo. Después, Juan empezó con la cantinela de que se quería casar. "¿Casar? Ni en pedo", dijo Ema, que ya sabía por dos experiencias previas en qué terminaba todo. A ella eso del anillo le sentaba fatal. Nunca había embocado al elegir. ¿Por qué habría de correr el riesgo de ensartarse o de tener que empezar a cambiar pañales si ocurría algo inesperado? Ella estaba perfecta sola en su departamento. "No vaya a ser que termine haciendo de enfermera a esta edad", se dijo premonitoriamente. A Ema ni se le pasaba por la cabeza sacar la cuenta de que la que estaba más cerca del arpa resultaba ser ella. Un poco inimputable, un poco optimista, un poco niña, el día de la propuesta de casorio, Ema fletó a Juan a su departamento sin muchas vueltas. "Ni loca, ¿vamos a ir a un juez o a un cura para que nos diga qué? ¿Que somos el uno para el otro y nos acompañemos en la salud y en la enfermedad?", le respondió con una carcajada. Puso punto final y quedó zanjada la discusión.

Pero Ema ya tenía la idea de que Juan se le instalaba demasiado en su casa. Decidió cocinar menos. Nunca había sido una devota de la sartén y la edad la había vuelto más malcriada. Muchas veces lo empezó a mandar a su casa sin comida, con una rápida sopita de calabaza. "Lo único que me falta es que, por coger un rato, él me exija que amase ñoquis, estamos en otro siglo —se justificaba para atenuar culpas cada vez que lo despachaba." Juan se iba cabizbajo, pero sin

alternativa. Su novia tenía carácter.

Los celos fueron in crescendo. A Ema se le fue acabando la poca paciencia. Como pudo fue reduciendo la convivencia. Se sentía mal. Tenía un té con amigas. Tenía que cuidar a la joven demente un día más por semana y le venía bien la plata. Excusas. Puras excusas. Juan lo percibía, pero de golpe también se olvidaba de lo que Ema había esgrimido y de lo pesado que él podía ser. Eso sí, la seguía acompañando como fiel ladero al colectivo.

Un sábado a las nueve en punto de la mañana, Juan no tocó el timbre del 3° A como lo hacía siempre. A Ema le llamó la atención, pero estaba apurada y prefería no tener que lidiar con él. Así que se puso la pashmina fucsia y se fue rapidito a la parada. Partió a trabajar. Cuando volvió, a las cuatro de la tarde, tampoco estaba Juan esperándola sentado en el banco del Metrobús. Tenía hambre y le dio fiaca subir un piso. Puso la tele, se sacó los zapatos y miró la novela tomando un rico té con tostadas. Después, se bañó y a las ocho se preparó un omelette. “Debe estar enojadísimo por algo que le dije ayer”, se dijo tratando de recordar qué barbaridad podía haberle dicho. La euforia veinteañera que la había atacado en los últimos meses se había disipado como una nube. “Mejor estar una noche tranquila”, pensó. Se tomó la pastillita mágica para dormir después de su programa político. Entró a Facebook en la tablet. Se divirtió viendo lo que habían subido amigos y conocidos, reenvió cadenas, contestó mensajes y le entró el sueño. Se desplomó hasta el día siguiente. A las diez de la noche ya dormía feliz enroscada en su edredón. El domingo a la mañana tampoco apareció Juan a tocarle el timbre. Ema, apurada, volvió a irse a trabajar sin demasiada preocupación, así era ella. Pero cuando volvió a las cuatro y media y él no estaba en la parada la acometió una dosis de responsabilidad.

Decidió ir directo a tocarle el timbre. Tanto enojo no era normal en Juan. Como no respondió fue a buscar apurada las llaves que él, por esto mismo, le había copiado un día de amor. Abrió la puerta temblando y esperando, sin dudas, un vaho de horror. Pensó todo lo desagradable que le tocaría hacer y ver. Llamar a la policía, llamar a sus familiares, acomodar las cosas. El mal rato que la esperaba podía hacer mella en su salud, reflexionó egoísta. Todo esto le vino a la cabeza en cinco segundos, los cinco segundos que le llevó meter la llave y girarla. Ema abrió resuelta y preparada para lo peor. Entró al living. Nada tirado, ningún cuerpo, silencio total. Avanzó. En el cuarto, la cama estaba deshecha, la luz de la mesita prendida y la tele también con las noticias de la tarde del domingo. En la cocina, sobre la mesa había un café frío servido y la jarrita de leche. “¡Qué miedo!”, se dijo mientras salía hacia el último lugar posible. La puerta del baño estaba cerrada. Mientras agarraba el ondulado picaporte plateado, pensó que era muy feo. “Qué mal gusto”, dijo en voz alta, y se distrajo apenas. Tomó coraje y su mano movió la helada manija.

La cortina del baño beige estaba caída en el piso piso con barral y todo. Dentro de la bañadera con patas estaba Juan, despatarrado y en bolas. Con los ojos abiertos de par en par y la cabeza un poco ensangrentada. Sus genitales achicharrados por el frescor estaban en exposición. Pálido como un muerto. Ema lo miró y no pudo contener las carcajadas. “¿Cuánto tiempo llevas así?”, le dijo sorbiéndose los mocos de la risa. Juan, como sorprendido, dolorido y extenuado, apenas pudo responder: “Desde ayer a la mañana, cuando te iba a ir a buscar. Creo que me rompí la cadera, porque no puedo pararme ni salirme de esta puta bañadera. Sólo logré tomar agua, estoy cagado de hambre”.

Ema se sentía tan aliviada de no haberlo encontrado putrefacto que se seguía riendo de la desgracia ajena. Le alcanzó una manta y fue, a la cocina, a prepararle algo de comer. Le hizo un sándwich con lo que encontró: atún y tomate en pan tostado. También le llevó una banana, le haría bien porque era un antidepresivo natural, le dijo. Después, llamaron a la ambulancia.

Ema en este punto dejó de reírse. Cuando llegaron todos miró su piel arrugada, su desnudez vulnerable, su palidez hambreada… Pero en vez de sentir lástima pensó en cómo podía haberse enamorado de un anciano. Ahora tendría que ocuparse de atenderlo hasta que estuviera operado y recuperado. Sentía que con su edad no tenía mucho tiempo que perder. Así que hasta ahí llegaría su corto amor.

Cuando Juan estuvo de nuevo parado sobre sus dos pies, Ema se animó a cortarle. Como si fuera una adolescente, le dijo que estaba confundida, que no sabía lo que quería, que quería pensar un poco si podían seguir de novios. No le dijo a sus nueras que el "descaderado" había resultado ser él y que lo del sexo ya no podría ser. Pero para ella el sexo era una gimnasia importante. Quizá estuviera a tiempo de conseguirse otro hombre para el resto de su vida, pensó liberada. Juan, en cambio, se sintió eterno con el planteo de su ex.

La edad, después de todo, es una entelequia. Y en personas como Ema, la imaginación oficia de instrumento liberador de la realidad. Esa materialidad de lo cotidiano que exige obligaciones y compromisos que ella nunca estuvo dispuesta a asumir.

"El amor es para pasarlo bien —se dijo Ema al final de esta historia—; si no, hay que soltar y dejarlo ir."

El mail equivocado

La puerta del colegio a las ocho de la mañana era un hervidero de padres, madres y chismes. Patricia sabía que cuando iba a dejar a Javier, su hijo, sus esmerados outfits despertaban comentarios entre las mujeres. Las sentía murmurar a sus espaldas, o lo imaginaba. Son unas resentidas envidiosas, que se jodan, se decía para sus adentros, si no les da el cuerpo para ponerse unos pantalones de cuero ajustados y unos buenos tacos, que se rejodan. Si muchas preferían llevar a sus hijos con el pijama debajo del tapado, las canas crecidas y sin makeup, no era su culpa, se repetía. A ella le gustaba producirse y provocar miradas, lo tenía bien claro. Así, cuando salía a la calle, se sentía una mujer maravilla, una topadora imparable. El bullying que le hacían las mediocres del colegio le dolía, lo reconocía, pero no estaba dispuesta a ser un ama de casa en batón, o una madre ordeñada por los críos hasta dar lástima, para contentarlas. Seguramente ellas desconfiaban de sus ínfulas de femme fatale. No se equivocaban.

Ramiro, el papá de Gonzalo, compañero de quinto grado de Javier, siempre encontraba motivos para charlarle. El buen mozo y exitoso empresario era el único que le daba bola. Eso la consolaba y le devolvía, con creces, su autoestima. Encima, es un padre comprometido que se ocupa de traerlo y buscarlo, pensaba Patricia, deleitada con su atención.

Se pasaban novedades escolares de auto a auto, se

mostraban las notas del cuaderno de comunicaciones o incluso, si habían estacionado hacia el mismo lado, caminaban juntos unos cuantos metros. A Patricia le parecía un tipo muy sensual, le caía. Sobre todo, porque imaginaba a las yeguas que la ninguneaban con los colmillos crecidos por la envidia.

Un día, hablando de un viaje escolar de los chicos, terminaron con Ramiro tomando un café en el bodegón de la esquina. Para Patricia fue demoledor darse cuenta de lo mucho que le gustaba.

Los dos casados cafeteando y calentando el ambiente. Era prometedor el asunto, pensó él. Los ojitos a Patricia le bailaban. Y a Ramiro le centelleaban. “Con éste sí que podría cometer un delito sexual”, se dijo ella.

No faltaron muchos encuentros y cafés para que él se animara a dar el primer paso que ella ya esperaba ansiosa.

La infidelidad no era algo que ella tuviera previsto en su vida. Sólo se dio. Y no se amedrentó. Lo tomó con la naturalidad con la que uno confiesa los pecados que ya sabe que volverá a cometer. Pasados los primeros contactos bajo la mesa, donde chocaban las piernas y las manos, pasaron a subirse al auto para unas cuadras, hasta el otro auto. Más manos, más juegos y más caritas de adolescente. Pasar a la siguiente etapa fue facilísimo. El potentado papá de Gonzalo tenía departamento propio para sus aventuras extramaritales. Su divina y joven mujer dormía todas las mañanas a pata suelta mientras ellos, padre y madre comprometidos con su propia educación sexual, comenzaron una aventura sin destino cierto.

Patricia era una arquitecta sin horarios ni casco. No iba a la obra porque odiaba el polvo. Él disponía de tiempo y dinero de sobra. No tenía ningún reparo y muchas ganas de sacar los

pies del plato. El romance estalló con fuegos artificiales y continuó durante casi todo quinto grado. Incluyó hasta una escapada de tres días a París mientras el marido de Patricia estaba en Chile, en un congreso médico. Ella le inventó, con la complicidad de una vieja amiga, una incursión turística al sur. Fue un romántico viaje en primera clase, pero con dolor de estómago. Ramiro y Patricia llegaron cada uno fue por su lado al aeropuerto. Hasta llegar a la cabina ni se hablaron. Un vez ahí, después de otear el paisaje sin descubrir a nadie amenazante, otra vez el fuego de todos los fuegos a diez mil metros de altura. El peligro de encontrarse con alguien estaba latente y echaba leña a la hoguera. Pero no pasó nada de nada.

El departamento de Buenos Aires de Ramiro fue cobijando los nuevos recuerdos que construían ellos día a día. En el pequeño vestidor había trajes colgados de él y abundante ropa interior de Patricia. Camisas y vestidos empezaron a colorearlo semana a semana. “Es como tener una vida paralela”, pensaba ella, que a veces no recordaba dónde había dejado tal o cual cosa. Tres casas (la suya, la de fin de semana y la que curtían juntos, con su amante) era demasiado. “Un poco esquizofrénico pero delicioso”, se repetía ella. Le gustaba la adrenalina del peligro tanto como la billetera del galante amante. Él le llevaba 15 años, no era mucho, e iba por su tercer matrimonio. Para ella era su primer desliz. Estaba peligrosamente fascinada.

A las 8 y 10 de la mañana comenzaba su nueva vida, que se extendía por unas tres o cuatro horas. Dormían la siesta, desayunaban cosas ricas, veían películas. El sexo era una parte, pero no todo. Para ella, por lo menos, que estaba cautivada con la vida de primera que prometía Ramiro. Después se bañaban y se vestían. Como una pareja

convencional, pero con tiempo acotado y sin fines de semana. En la cocina había café Nespresso con el sabor que le gustaba a Ramiro y el té de hebras inglés que le gustaba a ella. En la mesa del living, chocolates importados y cosas ricas dentro de un frasco gigante de vidrio. Se compraron toallas nuevas y hasta decoraron un poco su pied á terre. Ramiro era generoso y la dejó hacer. Dos alfombritas cancheras de yute para los lados de la cama, una lámpara de pie carísima que ella acomodó en el vestidor, una bandeja con patas para desayunar cómodos, un edredón de plumas de ganso que trajo él a pedido suyo desde Londres. Patricia tomó la costumbre de hacerle amorosamente, en cada encuentro, el nudo de la corbata antes de despedirse. Ese nudo, paradójicamente, desataría todo lo que en sus vidas parecía amarrado.

Un día Patricia extravió el teléfono. No tenía idea de dónde lo podía haber dejado. Él estaba de viaje por trabajo. Sin el WhatsApp para hablar con él, se sintió perdida. Esa tarde se sentó en la computadora de su estudio. Pensó que podría abrir el WhatsApp desde allí, pero no sabía bien cómo. Entonces, fue a lo fácil: eligió escribirle un mail. Buscó el apellido de Ramiro y cuando apareció escribió nostálgica:

“Te extraño. Estas mañanas sin vos, la puerta del colegio me parece vacía. Extraño los desayunos juntos, extraño tus mimos y hacerte el nudo de la corbata. Pato”.

No era muy avezada con esto de la tecnología y le dio al send rápidamente sin mirar. Enviar. Y sus dulces palabras viajaron por el espacio digital a todo el grupete de madres y padres del colegio en el que, obviamente, estaba también Ramiro.

Del irremediable error se dio cuenta un par de horas más tarde. El silencio de Ramiro la hizo entrar en los correos enviados antes de irse del estudio. Quizá no lo había

mandado. Cuando miró su último correo enviado, se le paró el corazón. Infarto masivo. Le temblaban los dedos. Quería llorar, pero no le salían lágrimas. Estaba aterrada. El correo había salido perfectamente a las 17.04.

El mutis general confirmaba sus peores miedos. Ahora todos lo sabían. El reguero de pólvora estaba corriendo y ella no podía pararlo. Su vida estaba estallando en ese mismo instante. Su dedo índice, apurado por el deseo, había tocado la tecla equivocada. ¿Cómo podía borrar ese mail? ¿Lo habrían leído todos? ¿Podía inventar algo creíble para justificarlo? ¿Y un hacker? ¿¡¡De dónde sacaba uno!!?

Si algunos ya lo habían leído, borrar no serviría de mucho. Podía intuir todo lo que estarían diciendo de ella en este preciso momento. No tenía respuestas, ni a quién recurrir. Quedó paralizada. Estoy en el horno, se repitió varias veces.

Esa noche, sin teléfono todavía y sin saber cómo enfrentarse al mundo que vendría, no pudo dormir ni medio segundo. Le daba vueltas al asunto, pero no le veía solución alguna. Su marido, que roncaba su ingenuidad a todo trapo, no estaba en el grupo de padres. Menos mal. La estúpida mujer de Ramiro… ¿qué habría dicho? ¿habría llamado a Ramiro para mandarlo a la mierda?

Al día siguiente se calzó anteojos negros y llevó a Javier al colegio media hora más tarde para evitar las miradas del resto. Manejó distraída. Lo dejó más lejos que de costumbre, a una cuadra. Javier, chocho de hacer que llegaba solo, se hizo el grande. Ella arrancó tratando de no fijar la vista en nadie y pasar rápido por la puerta, pero el semáforo y el tráfico la frenaron justo en la entrada. Una madre le tocó la ventanilla. Tuvo que bajar el vidrio hasta la mitad. “Hoy es la reunión por la comunión, ¿no te quedás?”, le dijo mirándola fijo. Patricia balbuceó que tenía que hacer un trámite y volvería

luego, que no sabía si llegaría a tiempo. Sintió todos los ojos clavados en ella. Creyó que podía desmayarse.

Fue directo a su casa. Cuando se bajó del auto en el garaje vio el puto teléfono caído al lado de la palanca de cambios. Se le paró el corazón por segunda vez en esos días. Si no fuera por esa boludez del teléfono jamás hubiese mandado el mail. Deseó con toda el alma volver el tiempo atrás. Imposible.

Ramiro volvía al día siguiente y no se había comunicado con ella. No había ni un sólo mensaje de él en el WhatsApp. Ella tampoco se animó a escribirle. Estaba claro que después de lo ocurrido no querría verla ni pintada. Qué espanto. Subió a su departamento y se encerró en el baño a llorar. ¡La había pasado tan bien en su reciente doble vida! No sabía si eso que sentía era amor, pero se le parecía. Pero, si no quería que su matrimonio se fuera al demonio, no había tiempo para lamentarse, tenía que tomar medidas. Cuando salió del baño tenía dos decisiones tomadas. Una, contratar una camioneta escolar para los meses que faltaban. No tenía ánimos para enfrentar a esas madres con sus miradas escrutadoras ni correr el riesgo de que Javier o su marido se enteraran de algo. Dos, buscar un nuevo colegio para el próximo año. Su marido, ajeno a los vaivenes sentimentales de Patricia, accedió a las dos cosas. No se enteró jamás de lo sucedido, así que no hubo divorcio.

Ramiro tampoco se separó, aunque su mujer supo todo. Se lo contó él mismo.

El infeliz mail fue la diversión, sotto voce, de todas las familias durante años. Hasta el guarda de la puerta se enteró del romance y de la anécdota del nudo de la corbata.

Patricia jamás volvió a pisar el colegio. Javier nunca entendió por qué lo habían extraído de su núcleo de amigos

al finalizar quinto grado. Ni por qué nunca más Gonzalo lo había invitado a su casa.

Ramiro tiró a la basura la ropa que había dejado Patricia en su departamento non sancto el mismísimo día en que volvió de viaje. Vació sus culpas en el contenedor del edificio y se prometió más prudencia en lo sucesivo. Su mujer sabía perdonar, pero no tenía que tirar demasiado de esa cuerda; él pretendía ser prudente. La palabra "arrepentimiento" no figuraba en su diccionario de hombre ganador.

Para este amor breve no hubo despedidas, sólo vergüenza.

Patricia aprendió del bochorno. Entendió que un mal paso tecnológico puede dinamitarlo todo. Su matrimonio se había salvado por un pelo de la tremenda revolución digital. Entonces, recordó aquel teléfono rojo de las películas que amenaza con hacer explotar el planeta con una bomba nuclear. "Menos mal que no lo maneja una boluda como yo", se dijo con un dejo de humor negro, e intentó reírse. Pero no pudo.

La vecina fit

Fue subiendo de la reunión de consorcio que se había llevado a cabo en el lobby del edificio que Fernanda —la vecina cuarentona del 3º C— miró con descaro a Alejandro —el vecino cuarenton del 7º A— y le dijo con una sonrisa pícara: "¡Por lo menos estas aburridas reuniones sirven para que nos conozcamos más!".

Desde su metro y medio, enfundada en unos pantalones negros hiperajustados y maquillada como para una salida de Tinder, Fernanda se contoneó para apoyarse contra la pared esperando el ascensor y metió panza. Sabía que no estaba nada mal para su edad y le gustaba la provocación. Separada sin hijos desde hacía una década, temía en su fuero más íntimo que el tren terminara de pasar antes de colgarse de la manija del último vagón. Estaba fit, con los abdominales marcados a puro empeño en el gym, y decidida a agarrarse con toda su fuerza del hombre desprevenido que se le cruzara. Y fue Alejandro el que subió con ella a ese cuadrilátero móvil en ascenso. Las cartas estaban lanzadas.

Alejandro, casado, con dos hijos adolescentes, era el típico tipo que estaba hasta el moño con su vida sin sal, pero no se le habría ocurrido jamás romper con esa monotonía. Aletargadas, sus hormonas descansaban en algún lugar de su cuerpo. Pero el salero lo llevaba Fernanda. "A éste lo doy vuelta y vuelta", pensó arremetedora con los códigos propios de las que carecen de límites con tal de conseguir ocupar ese

medio lado vacío de la cama. Alejandro, un poco tonto, un poco zorro, devolvió la sonrisa justo cuando se abrió el ascensor en el tercer piso. Fernanda arqueó la cintura y, como atajando el destino, sostuvo la puerta con su cola. Se movió con tal desenfado que Alejandro quedó con su sonrisa congelada mientras ella remataba la escueta charla con un "venite a casa cuando quieras, tomamos un café y revisamos las cuentas para que la administración no nos siga cagando".

Ella se bajó y Alejandro, estupefacto, siguió su viaje vertical. Pero recogería el guante. Se pasó una semana pensando cómo haría para tocarle el timbre sin que quedara demasiado obvio. Para Fernanda lo obvio era concretar y, si él le tocaba el timbre, ella haría el resto.

Y hubo resto. Porque la imaginación puede más que la razón y a Alejandro la fascinante posibilidad de transgredir le había birlado el aburrimiento. Nunca había sido infiel, pero esta mujer infernalmente sensual, que vivía cuatro pisos debajo suyo, se la había puesto en bandeja.

No meditó nada, sólo dejó que la fantasía de noches con una Gatúbela enfundada en pantalones símil cuero lo capturara. Encerrado en el hechizo, un día le tocó el timbre al volver de la empresa donde trabajaba como gerente financiero. Su mujer, Laura, un ama de casa que había postergado su profesión de contadora por la maternidad, estaba visitando a unos familiares en San Luis. Y sus hijos, concentrados en sus ombligos digitales, no miraban qué hacía o dejaba de hacer su padre. No les interesaba en lo más mínimo. Alejandro se sintió libre y feliz.

¿Estaría Gatúbela? Tocó de nuevo. Él ya había pasado por su casa. Se había bañado y perfumado. Obvio de toda obviedad.

Fernanda abrió la puerta en patas, con unos mínimos shorts

negros y una musculosa. “Estaba haciendo gimnasia —le dijo —, pero pasá, que me baño en cinco y revisamos todos los números.” “Okey”, dijo él, y se desplomó en un sillón mirando el verdor del balcón. Escuchó el agua de la ducha y su mente se disparó. Pensó todo lo que un señor casado, comprometido con su vida prolija, no debería imaginar. Cuando Fernanda volvió con olor a fresco y envuelta en un kimono de colores no se sorprendió. Venía con los papeles del consorcio que desparramó sobre la mesa ratona y una vieja calculadora.

Ofreció café o té. Ale dijo café. Necesitaba energía. La sintió moverse en la cocina. Volvió con una femenina bandeja con dos tacitas y un rico chocolate. Pero el kimono se había desacomodado como sin querer. No había ropa interior. Alejandro tartamudeó un “gracias”, pero no le avisó que su ropaje andaba entreabierto dejando a la vista justo lo que había soñado. Ella siguió como si nada. Chupó lentamente una barra de chocolate y saboreó el café. Alejandro era una pira humana. Ya se había olvidado hasta de dónde estaba.

No llegaron ni al primer renglón de los papeles. Ella le acarició la mano y lo miró con deseo. Él se le tiró encima como un exaltado sobre el sillón. Cero preámbulo. Chau conciencia. Fernanda se bancó la desesperación sexual de Alejandro. “A éste lo tengo que educar”, se dijo mientras lo acariciaba para volverlo a encender. Otra vez se dio todo, pero con menos urgencias, y Fernanda quedó un poco más satisfecha. “Hay mucho que enseñarle a este nabo —se rió para ella—, la mujer nunca le debe haber dicho nada de su baja performance.” No era un sex symbol, estaba un poco fuera de forma, pero a Fernanda le gustó lo suficiente para seguir adelante. Ella quería, a toda costa, un amor para instalar en su vida. Para eso, ya sabía que tenía que dejar de

lado las exigencias desmesuradas. Alejandro, encantado con su conquista, andaba por la vida con el pecho inflado. Creía estar enamorándose como a los veinte años. Flotaba risueño. Tanto que su propia mujer le dijo que lo veía muy bien y contento.

La vecina dejó de ser la vecina. En un abrir y cerrar de ojos se convirtió en la amante fit enardecida. Alejandro se desinflaba a su lado después de hacer el amor y se dormía un rato. "Qué cómodo tan cerca", se relamía. Corto de entendederas, no vio más allá del suculento plato que se le ofrecía sin remilgos. No reflexionó que la cercanía podía ser un arma de doble filo. Que el ascensor podía juntar a toda la tribu y armarse una trifulca de antología. Ni en muchas cosas más que podían pasar y pasaron.

El ardor pasional duró la estadía de su mujer con los parientes y siguió durante varios meses más. Pero llegando mayo él le contó a Fernanda, como al pasar, que la familia feliz (él con su mujer y sus hijos) se iría a esquiar a Bariloche a principios de agosto.

Así empezó lo que Alejandro no se vio venir. Los celos espantosos y la envidia insoportable de Fernanda por su vida intrafamiliar satisfactoria y apacible. Eso era de lo que ella justamente carecía. No tenía ni satisfacción ni paz. Era una insatisfecha guerrera del amor.

La contienda no tardó en desatarse, pero Alejandro sí tardó en darse cuenta. La primera declaración de hostilidades fue una cartita subida de tono que Fernanda le dejó en el bolsillo del saco. Firmaba "Ferny" y llevaba un esperpéntico beso estampado con rouge rojo. A Alejandro casi le da un infarto pensando que la podía haber encontrado su mujer. La segunda fue un llamado jadeante en medio de la noche. Un misil despiadado que le quitó las ganas de dormir. Ella lo

negó rotunda y le dijo que acusarla era un disparate. Estaba rabiosa, resentida y lunática. Las escaramuzas continuaron. Escaló el conflicto, que siguió en un osado encuentro en el dichoso ascensor. Iban los tres (Laura con Alejandro y la vecina fit). Como si no se conocieran... buen día, buen día... Con cara de nada Fernanda lo tocó adrede en la entrepierna. Pasó la mano acariciándolo. El pegó un salto neurótico y puso cara de "yo no fui". Fernanda lo miró cómplice. Su mujer no vio la caricia, pero olisqueó tensión en la actitud de la vecina. No le dio demasiada importancia.

Los encuentros seguían igual de frecuentes, pero Alejandro ya no tenía la emoción ni la calentura del comienzo. Cada pequeña batalla que daba Fernanda lo acobardaba más. Empezó a temerle y eso se notaba en su exiguo rendimiento sexual. Le costaba que el temor diera paso a una erección. Estaba en guardia permanente debido a sus reacciones desproporcionadas.

Fernanda no estaba conforme con el curso de los acontecimientos. Quería más y empezó a pedir. Algún viaje. Algún fin de semana. Más sexo. Era injusto, le decía, que ella siempre durmiera sola y no tuviera proyectos.

"Empezó a romper la bolas", pensó él. Que, además de tenerle miedo, había empezado a cansarse. Comenzaron las excusas para bajar menos al tercero. Fernanda no era ya la vecina irresistible sino la divorciada de abajo que pide demasiado y satura con sus reclamos.

Una noche fría de julio, estaba llegando con Laura de un casamiento, cuando se abrió el ascensor en su palier. Casi se descompone. En la puerta de entrada a su casa había, pintado de rojo brillante, un corazón del tamaño de una pelota de fútbol.

El terror le trepó por la nuca. Laura montó en cólera

porque le habían manchado la puerta de entrada. Alejandro tiró la idea de que debía ser obra de alguna minita histérica que acosaba a su hijo. Laura mandó a repintar la puerta y no investigó más, pero a él le quedó claro que estaba en serios problemas.

Fernanda negó sistemáticamente cuando él la encaró. Entonces Alejandro puso, disimulada, una cámara de vigilancia en su palier privado. Los encuentros desapasionados continuaron por la senda del desencanto. A mayor distancia emocional de Alejandro, mayor neurosis exhibía Fernanda. Él no sabía cómo desactivar la bomba.

No pasaron muchos días hasta que la cámara registró a Fernanda, saliendo del ascensor, envuelta en su colorida bata —tan conocida por Alejandro— a las tres de la mañana, blandiendo un rouge ultrarrojo. Se la veía pintando, desorbitada, rayones histéricos en la pared… "CERDO", escribió bien en el centro. "Sangre roja brotando de sus manos", pensó el aludido. Metía pavor. La cara de loca, el pelo desordenado. Los ojos de ella girando en falso, frente al ojo espía de la cámara. El video no dejaba margen para la inacción. No se lo mostró a Laura, pero tuvo que decirle que tenían una vecina que estaba obsesionada con él desde hacía mucho tiempo. Que no se lo había dicho antes para no preocuparla, que lo perseguía desde hacía meses con propuestas indecentes y desquiciadas. Laura le creyó sin dudar un segundo y se asustó mucho. "Qué chiflada esta tipa", dijo. Fueron a la comisaría y le metieron una denuncia. Se acabaron los escarceos amorosos y él empezó a sentirse un delincuente en su propio edificio. Evitaba el ascensor y subía por la escalera. Escapaba como podía, pero Fernanda, que había dejado los medicamentos que le daba el psiquiatra para vencer su terca soledad, lo acechaba como a una presa, con la

certeza que suelen tener los locos a la hora de ejecutar sus obsesiones. Sabía sus horarios y lo espiaba con esmero. Se sentía enamorada del vecino casado. No toleró semejante frustración de no saberse ganadora.

Fernando y Laura se fueron a Bariloche aterrados. Cerraron el palier a cal y canto. Le avisaron al encargado que estuviera atento. Temían cualquier desmán de "la loca del tercero", le dijeron adjuntando copia de la denuncia. El portero no era tonto e intuía que tanta maldad de Fernanda tenía algún fundamento sexual. Había pescado un par de detalles meses atrás y, ahora, ataba cabos. Un día los vio bajar juntos muy "amicis" por la escalera y otro observó que subieron en tándem al ascensor, que paró y quedó estacionado en el tercer piso. El encargado no comía vidrio.

Los diez días de vacaciones no hicieron sino empeorar la obsesión de Fernanda por Alejandro. Ella pensaba que él era un reverendo hijo de puta. Había engañado a su mujer y también la había engañado a ella. Se había hecho el enamorado. Se sentía usada, humillada. El psiquiatra le subió la dosis de sus medicamentos. No podía hacerla pensar razonablemente. Que rescatara lo bueno de haber tenido un romance y soltara. Que no insistiera porque el amor no se mendiga y la pasión se apaga con tanta agua derramada. No hubo caso. Fernanda estaba incendiada e incendiaria. Quería quemar las naves. Por no decir el edificio.

A la vuelta de la familia, Fernanda empezó a acosar a los hijos y a Laura. Notitas amenazantes, sobres con gualichos, cartitas atrevidas y cintas rojas. El auto apareció rayado fervorosamente en la cochera y volvieron a denunciarla. Esta vez no había filmación. La cosa se puso muy amenazante para todos los vecinos un día en que la pescaron prendiendo unas enormes velas en el ascensor. Quizá el embrujo de Fernanda

los liquidara a todos con un trágico incendio, pensaban espantados.

Entre tantos contratiempos intramuros, la ex familia feliz vivía en ascuas. “Es dormir con el enemigo”, relataba Laura a sus amigas.

Pero un día Laura leyó, en una de las tantas esquelas desquiciadas de Fernanda, algo que la desconcertó. ¿Cómo sabía esta paciente psiquiátrica que su marido tenía una cicatriz con forma de media luna en la ingle por una operación de hernia? Se pinchó el globo de la credulidad. Y cayeron las mentiras como papelitos de una piñata.

Laura culpó a Alejandro de la locura a la que había sometido a su familia. Lo tildó de mentiroso, de enfermo, y empezaron terapia. Los hijos y ellos. Pusieron la casa en venta sin comunicarlo, para evitar a esa mujer que tanto les estaba complicando la vida. La terapia funcionó y vendieron el depto. Se mudaron a escondidas.

Retomaron su vida, casi un año después, con mediana normalidad, donde la habían dejado luego de aquella fatídica reunión de consorcio.

Laura lo perdonó. Y Fernando le prometió jamás volver a ser infiel. Escarmentó, se reconoce. Hoy, sólo con ver a una sexy mujer insinuante, le sobrevienen arcadas.

“A veces no todo termina tan mal”, pensó ingenuo. Fue *Atracción fatal*, pero con relativo happy ending. No hubo muertos, pero sí víctimas.

Fernanda, la Glenn Close nacional, entre lágrima y lágrima se enredó en un voraz romance con su psiquiatra. Y cuando él finalmente se percató de lo que como profesional debía haber visto previo a la calentura, era tardísimo. Ella mordió a su nueva presa como un pitbull de raza y no lo soltó. Hasta que logró que al descarrilado psiquiatra le sacaran la matrícula

por involucrarse con una paciente. Fernanda se dio cuenta del poder que tenía para transformar las vidas de sus amores en un flamígero infierno. Entonces, por un rato, casi fue feliz.

Ceguera histérica

Cuando Dionisio desapareció, el día del cumpleaños de su tercer hijo, en su casa no se hicieron mucho problema. Era martes. Tendría que haber vuelto de su empresa de productos para mascotas alrededor de las diez de la noche, justo para soplar las velas. Pero él era un impuntual serial que no usaba celular por convicción. Aunque la mayoría de sus familiares pensaba que la animadversión de Dionisio a la tecnología era porque en realidad no quería ser monitoreado.

Por eso, a nadie le sorprendió que no avisara. Con siete hijos y muchísimo trabajo, a los 52 años, tenía otorgadas —por su mujer, Josefina— muchas licencias. Licencias que a ella la hacían rabiar hasta ponerse bordó. Otra vez, sentía que su marido se había borrado, que volvería de madrugada borracho y con excusas estúpidas. Pero no volvió.

Recién a la noche siguiente se le encendieron todas las alarmas. Josefina no sabía bien por dónde arrancar. Conocía los deslices de los que era capaz su marido. Siempre había sido un mujeriego empedernido que no había querido madurar. Josefina, que estaba entrenada en hacerse la estúpida, no quería enfrentar las miradas desaprobatorias, y siempre circunspectas, de la familia. Temía que pudiera haberle pasado algo grave. En medio de un torbellino emocional su cabeza se preguntaba: ¿si lo secuestraron?. Ridículo, ya habrían llamado a pedir rescate. ¿Si tuvo un ACV en plena calle y está en un hospital como NN? Podría ser. ¿Y

si se fue para siempre porque le dio la gana? No podía ni imaginarlo.

Se armó de coraje y le comunicó a su cuñado la desaparición. Éste montó en cólera con Dionisio por sus mañas y con ella por la demora en avisar. Fueron a hacer la denuncia a la policía y empezaron a llamar a los hospitales. Mi marido se caga en todo, se repetía furiosa Josefina. Ni noticias por ningún lado. Dionisio, ausente.

Ni herido ni secuestrado, Dionisio, el inmaduro, estaba en su nueva cápsula de amor breve, embriagándose hasta el hartazgo con Zulema. Divertido, charlatán y entrador, las minas le caían como insectos a la miel. Eso que era bajito, pelado y un poco barrigón. Aun así, el ingenio poderoso de su chispa lo volvía atractivo para el sexo opuesto que cursaba la desesperada edad media de la vida. Con 45 años, Zulema era de esas minas que habían sufrido la escasez económica, pero peor aún la amorosa. Cuando entró como su secretaria él ni la había mirado. Pero con el tiempo se le había vuelto indispensable. Le festejaba sus estupideces y nada le venía mal. No hinchaba con pedidos estrafalarios ni protestaba por los horarios. Ella se le pegó como chicle. Era una babosa que se adhirió a su piel y él no buscaba despegar. Era su voz y su sombra. Eso a Dionisio le pareció casi divertido. Al punto que un día, sin previo aviso, terminaron encaramados al escritorio de su oficina. La Zule lo atrapó a puro sexo salvaje en esos horarios donde se supone que la vida discurre entre el estrés laboral y la incombatible modorra postalmuerzo.

Armaron, sin dialéctica, una relación muy básica en la que no cabían los deslumbramientos intelectuales. Sexo en estado primario. Sudor sin chamuyos, sobre la dura madera del antiguo mueble. Los papeles caían volando al piso y crujían huesos y tablones.

Pegoteado en la red física de Zulema, que tejía sin parar para enredarlo más y más, terminaron un día retozando en un departamento de medio pelo, que había alquilado ella en el barrio de Once.

Mirando el muro añejado de una medianera infeliz, Dionisio respiraba incienso, tomaba whisky trucho, fumaba cigarrillos negros y escuchaba música berreta. La parejita fugaz entonaba un romance con olor a encierro. Un romance más escandaloso por los días en que Dionisio llegó a ausentarse de la casa familiar que por cualquier otra cosa.

Zulema, soltera y sin hijos, se aferró a Dionisio como a un verdadero dios del Olimpo. Y eso que de dioses y olimpos ella no entendía nada. Creía poder engancharlo a su carro celestial definitivamente con el único tirante del amor carnal. Pero el versero desprejuiciado no pensó jamás en algo perenne. Para Dionisio la vida era así: mujeres caducas, vino sin etiqueta y joda. Él disfrutaba de la vida mientras el ancla de su familión la lanzaba Josefina. “Llevo como puedo la batuta de esta manada, sin ley ni sanciones para el buey descarriado”, despotricaba su mujer.

En total, el audaz romance iba a durar nueve largas jornadas. Intensos días en los que Zulema se imaginó triunfadora de una batalla romántica y banal que jamás podría haber ganado. No tenía las suficientes luces para comprender que Dionisio practicaba el amor como el mejor deporte. Un deporte en el que ella sólo podía ser la pelota, lanzada de un lado a otro, sin tino. Porque, después de muchos polvos en una cama desvencijada, muchas mujeres habrían detectado en este dios caído de su cenit el principio del hartazgo. La Zule no veía nada. Insistía en cocinarle guisos para enamorar su estómago y domarle el apetito. No se percató de que los bostezos rebotaban contra las paredes y de

que la inventiva de las salidas que proponía no le eran correspondidas. ¿Cine? No, ¡qué plomo! ¿Teatro? Menos, la mayoría de las obras son un bodrio. ¿Comer afuera? Un gastadero innecesario, ¡con lo bien que cocinás!

Zulema estaba ciega de amor y desesperada por tener a la mascota adquirida en su corral. Dionisio era todo para ella. En su cajita de cuatro paredes cobijaba vanas esperanzas.

Fue por la mitad de la ausencia que la familia recurrió a la prensa. El escándalo progresó. Cuando Dionisio vio, por primera vez, su cara en el noticiero, estalló en carcajadas. Impune, se secó las lágrimas de risa con la manga del buzo manchada con la salsa con ajo que Zulema hacía para la pasta.

Ya por entonces, en la empresa se habían dado cuenta de que Zulema, coincidentemente, había pasado parte de enferma desde la misma fecha de la desaparición del jefe. Sólo tenían que coser la historia para leerla. En el trabajo, todos cosieron. Pero en la familia nadie quería leer semejante patada al hígado.

Tendría que llamar, pensó Dionisio después de ver su rostro en la tevé, pero no se lo dijo a Zulema por temor a que le diera una rabieta. Lo dejó pasar, como dejaba transcurrir todo en su vida.

Dos días más tarde ya estaba patilludo y embolado. Tenía la barba crecida y unas ganas tremendas de jugar al truco con su grupo de los jueves. Pensaba más en retomar sus clases de tenis que en coger con Zulema, a quien tenía pegada como una ventosa. Así que empezó a pergeñar el gran escape. Pero andaba escaso de ideas y Zulema lo atormentaba con sus atenciones. Pretendía que él tomara una decisión. Zulema intentó balbucear la idea de que dejara todo por ella, pero Dionisio se espantó y cambió de tema. Se sintió

peligrosamente cercado y empezó con la *cantaleta* de que no podía estar tanto tiempo ausente de la empresa porque todo se iría al demonio.

La verdad era que ya estaba hasta el moño de Zulema, del departamento sin luz, del olor a humedad y comida en el pelo, del baño sin ventilación, de estar en pijama y escondido. Extrañaba su cuarto con Josefina, que no lo perseguía, y su ventana abierta al verde jardín, que lo imaginaba más verde que nunca. Extrañaba su trabajo y su delirante vida con siete vástagos.

El recreo había terminado. "Tocó el timbre y hay que irse", dijo en voz alta. Pero la voz no le salió realmente. Estaba abotagado. Le faltaban energías para arrancar. Se sentía cansado, aburrido y abúlico. Ya no tenía esa chispa del pirata consagrado. Se había apagado, consumido. Tendría que sacudirse de encima a Zulema y sus exigencias.

Zulema no era inteligente, pero tampoco tonta, y esta vez sí empezó a percibir que Dionisio se alejaba. Prendió el horno y siguió alimentándolo como a un bebé desnutrido. "Si hubiese sido un pez ya hubiese explotado y estaría flotando en la pecera", le soltó él sonriendo a medias. Pero acto seguido tuvo ganas de vomitar. Lanzó todo sobre la moquette raída. Sintió que se desmayaba y se derrumbó. Con la cara contra el áspero pelo ralo de la alfombra sintió que le volvía el mareo y se le daba vuelta el planeta. La moquette también olía a humedad, pensó. Asustado, le pidió a Zulema ir a una guardia médica. "¡Yo te cuido, mi amor, qué guardia!", le respondió ella con ínfulas de enfermera. Y le hizo té con limón con varias pastillas tranquilizantes. Dopado y enroscado sobre ese suelo yermo, se le ocurrió que no tendría escapatoria. Acá ésta me liquida, llegó a suponer.

Al día siguiente Dionisio siguió desmejorando, rozaba la

deshidratación. Zulema tuvo miedo de estar envenenándolo con tanto remedio para relajarlo. “Qué hago si se me muere”, se preocupó. Ella sólo quería poseerlo y no encontraba la manera de adquirir huesos y corazón. Nadie sabía lo que ella le había dado, se tranquilizó. Lo emprolijó y se dispuso a llevarlo al médico.

Mientras, la búsqueda frenética del desaparecido Dionisio seguía por las calles de Buenos Aires. Ya todos en la familia estaban seguros de que algo feo le había pasado. Al día noveno de su desaparición, temprano por la mañana, un cadete de la empresa vio estacionado, en Once, el Toyota bordó de su jefe. Lo reconoció por el sticker del club que tenía pegado en el vidrio de atrás. Decidió montar guardia. Cazó el celular y llamó a la familia. Entre todos empezaron a relevarse cada seis horas, por si aparecía. No se les ocurrió dar parte a la policía, ni avisar que habían encontrado el auto. A la mañana siguiente, cuando empezaba a correr el décimo día y Josefina hacía guardia con el cadete, un espectro parecido a su marido, enfundado en un jogging gris, apareció trastabillando por la calle del brazo de la secretaria. “¡Está muy enfermo, está demacrado!”, le dijo histérica Josefina al cadete. Pasaron a su lado sin mirarla y se subieron al auto bordó. Al volante se sentó Zulema. Josefina no se animó a armar ningún escándalo y de una, con el cadete, se subieron atrás. Nadie dijo ni mu. Dionisio tenía la mirada perdida. El silencio se volvió insoportable. Fueron hasta un sanatorio de su prepaga y entraron los cuatro a la guardia. Zulema, oronda. Josefina, shockeada. El cadete, incrédulo. Dionisio, al borde del colapso.

Cuando ingresaron al consultorio Dionisio tuvo el tupé de desmayarse. Cayó desparramado como una bolsa de papas.

Estudios varios concluyeron que había estado tomando

altas dosis de tranquilizantes, obra de Zulema que Dionisio no delató, pero la sangre sí. Lo importante fue que le descubrieron una diabetes galopante y peligrosa. Un hallazgo casual, dijeron los médicos. Quedó internado y salvado. Josefina tomó la voz cantante y llamó a sus hijos. Decidió mantener la ceguera histérica que tanto le había resultado otras veces. Zulema tuvo que irse sin chistar. Le quedó claro que él no la había denunciado. Se había salvado por un pelo de ir presa, se decía. No dio batalla, entendió que estaba perdida de antemano.

El cadete volvió a la empresa a desparramar el chisme y el escándalo. Allí no hubo quien no supiera lo ocurrido. Lo opuesto pasó intramuros, en el hogar del descarriado. Dionisio jamás habló del tema y Josefina menos.

Con la salud y el alma deterioradas, Dionisio volvió a casa. Zulema siguió en la empresa, pero en otro puesto, y jamás volvieron a hablar de nada personal. Dionisio no abandonó el deseo del picoteo, pero el miedo a morirse le había ganado la mano. No quiso ningún embrollo más. Josefina salió vencedora en la contienda final después de haber perdido tantos combates. Por las dudas le regaló a su marido un smartphone con el GPS activado. Le enseñó con paciencia a usar WhatsApp y él no tuvo otra que aceptar. Así lo puso bajo la órbita de su control.

La interpretación de los psicólogos de su negación histérica a Josefina no le interesa un pito. Ella logró su cometido. La única dueña del marido diabético y enfermo ahora es ella. Con ese magro botín le alcanza para justificar su existencia.

Amor en pedazos

Mariano llegó cargado de regalos de su viaje por Europa para su vecina de condominio. Sofía, que estaba teniendo una aventura extramarital con él, se incomodó un poco cuando la empleada por horas de Mariano le tocó el timbre de servicio y le dio los paquetes. No sabía cómo esconder la ropa que su amante, el bombonazo de la casa de al lado, le había enviado. Guardó las tres bolsas repletas de prendas de Zara, Clos y Uniqlo en el lavadero, en el estante de abajo de todo, donde guardaba los productos de limpieza. Empujó con fuerza temiendo arruinar las cosas. Esperó que su marido, Víctor, terminara de bañarse y se fuera al trabajo para bajar desesperada a abrir sus regalos. “Divino todo”, dijo en voz alta probándose la ropa frente al espejo de su cuarto.

Para Sofía, que el amante viajara mucho era el recreo perfecto que permitía que la salud de la pasión continuara intacta. Justamente lo opuesto a lo que le había pasado en su matrimonio. Estaba aburrida como una ostra y él trabajaba demasiado. No habían podido tener hijos, así que el hastío tomó forma animal: tenían cinco gatos, un loro y dos perros. Pero la libido no quedaba resuelta con un zoológico casero.

El maravilloso vecino separado sí tenía hijos, pero vivían con la madre. Era caballero, tenía plata y, encima, era increíblemente lindo y sexy. Sofía estaba como loca. Después de once años de un matrimonio tranquilo, demasiado tranquilo, ella quería un poco más que paz. Quería guerra

antes que se le cayeran las lolas y la cola. Se sentía desperdiciada entre los muros y jardines de esa cárcel dorada que se había construido.

Su marido no tomaba de más, no despilfarraba, no era un amarrete, jamás le había levantado la voz y menos la mano. Era calmo, buenudo y la escuchaba… reconocía ella. Pero, por dentro, era un volcán sin cráter donde expulsar sus deseos. Cuando lo veía mirar televisión, tirado sobre el sillón, tenía ganas de sacudirlo. Le brotaba una rabia incontenible. "¡¿Qué carajo hago yo con este nabo desde hace once años?!" La imagen la sacaba, mal. Ya no se acordaba de lo que había sido quererlo o admirarlo o de tener ganas de enroscarse con él bajo las sábanas. Ahora, lo odiaba por tenerla atrapada en su laberinto. Víctor le decía siempre a todo el mundo que no sabría vivir sin ella. Sofía, en cambio, estaba segura de que ella sí podría vivir sin él. Pero se cuidaba mucho de no ponerles voz a sus pensamientos. El problema realmente era que ella no trabajaba. ¿De qué cuernos podría vivir sin Víctor? A joderse, terminaba pensando. Sofía sólo tenía 35 años, pero no había estudiado por vaga. Tampoco había tenido jamás un empleo ni un emprendimiento ni nada. Sólo le salía esto de ser ama de casa... y no demasiado. Hacía las compras, boludeaba con amigas, cocinaba un poco, y otro poco se ocupaba con cero ganas de los animales que vivían allí. "Estos bichos me vuelven loca", les contaba a sus amigas. La empleada, que iba a ayudarla tres veces a la semana, le tenía terror a todo lo que tuviera cuatro patas, sólo se encargaba de la jaula del loro. "Hablando de jaulas —se repetía Sofía antes de dormir—, la mía es como una campana transparente, tan perfecta que ni siquiera necesita barrotes."

El romance con Mariano había nacido en las reuniones de consorcio con los vecinos. Fue extremadamente natural.

Coqueteo va y coqueteo viene terminaron un día tomando algo en la casa de él. Pegada a la suya. Después de un par de caipis y con las narices llenas de azúcar y limón, terminaron almibarados en la cama. Era dulce, decía cosas lindas y, por sobre todo, era un cuerpo nuevo. Sofía se sentía rescatada por Mariano del tedio soporífero de su existencia. La inventiva sexual y las miradas cargadas de deseo que le prodigaba la hacían levitar. Volvió a escuchar música y a bailar mientras hacía las cosas de la casa. "Todas deberían tener amantes —se encontró filosofando Sofía—, te renuevan las ganas de vivir." Incluso se sorprendió retomando el buen sexo con Víctor. Ésa, dedujo, era otra positiva consecuencia de las relaciones clandestinas.

La cita quedó fija. Todos los días a la misma hora, de lunes a viernes. En la casa de Mariano no había testigos de ningún tipo.

Sofía sacaba la basura después de almuerzo y, con disimulo, entraba al paraíso con una llave que Mariano le había hecho especialmente.

Ese día de los regalos, después de probarse todo una y mil veces, tiró las etiquetas, que cortó con tijera, en el tacho del baño. Pero las bolsas de las marcas eran demasiado evidentes, así que las hizo un bollo, bajó la escalera y las metió en el tacho de los residuos secos del lavadero. Bien al fondo. Ya sacaría la basura más tarde. La ropa la dobló cuidadosamente y la guardó en los estantes del vestidor mezclada con el resto. Sólo se puso, para estrenar, el conjunto de lencería fucsia, tan canchero. "¡Qué ojo tiene este tipo! —pensó con un dejo de celos—, quizá tenga amantes por el mundo, supo elegir demasiado bien todo lo que compró... ¿Cómo me puedo poner celosa? —se rió y se miró al espejo." Veía una cara feliz. Sobre todo cuando estaba por visitarlo.

La tarde fue especial. Hacía casi tres semanas que no se veían. Sofía sentía que era dos personas al mismo tiempo. Una Sofía feliz en esa casa de al lado y una Sofía antigua, opaca y gris, a la que volvía al cambiar de puerta. El disfraz de burguesa ama de casa se le deslizaba sobre la piel ardiente de la traidora. Sofía se reconocía traidora, pero la palabreja no le traía conflictos por ahora. A las seis de la tarde terminaba el hechizo. Víctor siempre volvía del trabajo alrededor de las ocho y ella quería llegar con tiempo a su vida anterior, para bañarse y tener la comida lista. Hacía ya nueve meses que la rutina era casi perfecta. Volvía exultante a su no deseado hogar de monotonía.

La vez de la ropa interior fucsia se demoró treinta minutos más. Su visita al flamante amor había durado más de cuatro horas. Salió apurada. Entró a su casa a las 18.28; eso marcaba el reloj de la pared. Se sorprendió de que la luz de la entrada estaba encendida. La apagó de un manotazo. Dejó sus zapatos encimados bajo la escalera y subió descalza a su cuarto, de dos en dos los escalones. Estaba enérgica, alegre y llena de adrenalina. Se desabrochó la camisa, debajo se veía el soñado corpiño fucsia, y abrió las cortinas para que hubiese un poco más de luz. Se sacó los jeans blancos y los pisoteó sobre el piso de pinotea hidrolaqueado. Justo antes de meterse en el baño vio de reojo, sobre la colcha blanca de la inmensa cama, mucho color. Se acercó indiferente y pegó un salto. “¿Qué carajo es esto?”, vociferó. Vio que eran retazos. Levantó sorprendida esos pedazos de género, apoyados unos contra otros. Pensó, con humor negro, que su ropa descuartizada componía un moderno cuadro texturado. Camisa, tapado, pantalón, pollera, vestido… La sorpresa inicial dio paso al miedo. ¿Había entrado un delincuente loco a su casa? Se le escapó un grito. Pero pensó mejor y le pareció absurdo. ¡Qué

intruso desconocido iba a cortar cada camisa o tapado como un perfecto rompecabezas textil tomándose el trabajo de volverlo a armar! Las prendas prolijamente recortadas estaban sobre la cama, pero también sobre el piso y la alfombra... Dios, pensó con un resquicio de sentido común, y un escalofrío le recorrió las vértebras.

No le tomó mucho trabajo darse cuenta de que el autor de esa audacia había sido Víctor. Lo nuevo, sin estrenar, estaba amputado. Le dolió, sobre todo, ver cercenado el conjunto de perfecta sastrería de Clos. ¡Sin estrenar! "Qué hijo de puta", susurró alterada. El manso Víctor, el estúpido Víctor, el aburrido Víctor… le había hecho mierda la ropa del generoso Mariano. Estaba indignada. ¿El muy boludo la había pescado?, se encabronó, ¿Y dónde miércoles estaba Víctor? ¿Cómo se habría enterado? Bufaba y resoplaba dando vueltas mirando la cama y sin saber qué hacer.

Víctor, que no era ningún tonto, hacía tiempo que lo había notado. Ella estaba distinta. Su mirada brillaba más. Parecía contenta. Además, no era la primera vez que llegaba y encontraba su casa vacía. Las otras veces se había vuelto a ir y se había hecho el distraído, aunque sospechaba del vecino solitario. Pero esta vez había revisado el vestidor. Y, obsesivo como era, había detectado al vuelo la ropa nueva. En la basura del baño estaban las etiquetas cortadas, y en la de la cocina había encontrado las bolsas que justo ese día Sofía, en su ansiedad atolondrada, había olvidado de sacar. Ninguna ciencia. Cortó con paciencia y mansedumbre los regalos y lo dispuso todo bien a la vista. Sintió algún placer. No tenía lo que se dice enojo, precisamente. Lo atravesaba algo que no había sentido jamás antes. Una serenidad especial. Era un tipo al que la paz le iba más que las contiendas, así que su piel resultaba como el amianto. Cometida la faena, se sentó

con calma en la oscuridad del playroom a esperar los acontecimientos que, sin dudas, se precipitarían. Desde allí, tenía una vista privilegiada de la escena: su cuarto, el vestidor, la entrada del baño.

Sofía, con cara de nada, deambulaba sin rumbo por la suite. Recogiendo los trozos y dando alaridos. “Parece una ratita con sus chillidos, un ratita sexy”, se dijo Víctor, que la observaba desde tres metros de distancia. Qué suerte que hoy había decidido dejar su trabajo más temprano porque le dolía el estómago, pero ya no le dolía más, pensaba concentrado sin mover ni una pestaña. Estaba absorto en los acontecimientos importantes de su vida. Apenas si respiraba. Sólo miraba a Sofía, a medio desvestir, con la camisa abierta y un corpiño fucsia que jamás le había visto. La bombacha también era fucsia, se sorprendió Víctor. “Le queda muy bien —se calentó él—, siempre me gustaron sus piernas y sus lolas.” La miró con apetito sexual.

Fueron unos minutos después cuando ella se dio cuenta de que él estaba ahí. Era un sombra gris en su vida gris. Estaba inmóvil en el sillón y la miraba. Quedó paralizada. Lentamente se volvió a prender la camisa que dejaba ver su flamante lencería. ¿Qué podía decir? Había sido descubierta. El miedo trocó velozmente en furia. Y empezó a gritarle. “¡¡¡Sos un enfermo!!! ¡¡¡Por qué me cortaste toda la ropa, enfermo de mierda!!! ¿¿Qué te pensás que sos?? ¿¿Qué te creés???” Con rabia culposa se le fue al humo y lo miró a los ojos. Él seguía muy tranquilo sentado en el sillón, con las rodillas juntas y un revólver en la mano. Como si fuera una manzana. O un libro. O cualquier cosa. Sofía lo vio. Pero le restó importancia. Víctor jamás levantaba la voz, Víctor era manso. Él la observó con sosiego, con una especie de paciencia infinita. Así que a Sofía el revólver se le antojó una

estúpida amenaza del santo imbécil de su marido. Siguió con su diatriba acusatoria. Como suele suceder con los enojos, se le escaparon un par de frases hirientes. Que estaba harta, aburrida, que no la atraía más el sexo con él, que sólo habían podido reproducirse en unas estúpidas mascotas que ni siquiera quería. Llegó a decir casi todo. El volcán se quedó sin lava. Vacío, como parecía el agujero negro del arma de Víctor. Él la escuchó perfectamente, pero no atinó a responderle nada. No hacía falta.

Después, PUM. Se acabó la historia.

Pecar de aburrimiento

A Rocío le sobra el tiempo, pensaban todos. Ese preconcepto le pesaba más de lo que cualquiera podría suponer. Rocío no se quejaba para no recargar las tintas ni alentar las frases un poco despectivas de sus hijos o su marido. Ellos estudiaban y trabajaban mientras que ella "descansaba" en la placidez del hogar. Vos, que tenés tiempo libre, ¿no me buscás los zapatos que dejé en la zapatería para que me cambien la suela? ¿Me comprás cous cous en el negocio naturista de la vuelta?; no voy a llegar antes de que cierre. Dejame armado el bolso de fútbol, vuelvo justo sobre la hora para irme al partido. Fijate si la camisa celeste de rayitas que usé ayer se puede coser en la manga, porque se me rompió. Entre pedidos y mandados, en una casa llena de hombres, se le iba el día. Ella tachaba en su listita, en la libreta celeste, cosa por cosa, lo que hacía para la vida de otros. De ella, lo que se dice de ella, en la lista no había nada.

Rocío siempre había sido comedida con todos, pero desde que dejó de trabajar, hace unos tres años, siente que en su familia se aprovechan demasiado de su bien ganado y merecido tiempo libre. Tiene menos espacios para ella que los que tenía cuando trabajaba, de siete de la mañana a cinco de la tarde, en el colegio primario. Si a esas tonterías le suma el pago de todo tipo de cuentas, la verdulería diaria, el supermercado semanal, el mandar a hacer las fundas de los sillones, cocinar, conseguir el plomero que destape el baño, el

bendito canario en su jaula y el cuidado de las plantas… el día se evapora sin que ella sienta haber hecho absolutamente nada para su plena satisfacción. La agenda la devora. Y ella se deja devorar. Me engullen, se sorprendió descubriendo la palabra perfecta para expresar la furia que sentía. Era engullida por el canibalismo del hogar.

Por eso, cuando vio los cursos gratuitos de la parroquia pegados en la puerta de la Iglesia, decidió anotarse. “Un rato para mí”, se dijo. Y eligió uno sobre “Lectura de la Biblia, dogmas y religiones comparadas”. “Amplia temática, interesante”, le contó a su vecina amiga. La religión era algo secundario para ella, no era una fanática, pero este curso a la vuelta de su casa le pareció que valía la pena. Sobre todo, era un escape perfecto para los martes y jueves por la noche. La recalentada de la comida y la lavada de platos de todos los días la tenían seca. Esos dos días les tocaría a sus hijos —tenía tres varones— o a su marido la aburrida tarea. Estaba cansada de pedir la colaboración que nunca llegaba. La empleada le dejaba la comida hecha, pero después tocaba prender el horno, poner la mesa, lavar y… ¡pasar la rejilla con energía para despegar los pegotes de las mesadas! Ellos no veían los restos de comida adheridos sobre el granito gris. Pasar la mano y sentirlos la indignaba al punto de provocarle instintos asesinos. La sacaba de quicio. La casa era un plomo más recalentado que la comida. Un cúmulo nunca satisfactorio de quehaceres triviales. Insoportable. Los zánganos de sus hijos dejaban todo tirado. Algo había hecho mal. Sí. Malcriar a todos. Muchas veces, tenía ganas de mandarlos literalmente a la mierda. Pero aguantaba estoica. Rezongaba por lo bajo aunque nadie la escuchaba. Quizá se había vuelto transparente, “una hoja de calcar —pensó—, eso soy para todos. No ocupo espacio y no me ven.

Soy la reina transparente", les dejó caer un día, parodiando el título de la novela de Rosa Montero. "Los burros ni rebuznaron —se dijo—, son inconmovibles." Secaba uno a uno los platos con ganas de estrellarlos con fuerza contra el piso. Recordó el librito de inglés de la primaria de sus hijos. ¿Flat Stanley se llamaba?; sí, ese chico que se había vuelto tan chatito por accidente que cabía en un sobre… Ella era Flat Stanley: una mujer chata, chatísima. Se rio porque se dio cuenta de que estaba descarrilando por la rabia.

Llegó al salón de reuniones de la parroquia "con los huevos al plato", se dijo sin reparos, y traspasó la enorme y señorial puerta de madera con determinación. El primer día del curso fue ameno. Eran ocho mujeres y dos señores mayores. Alfonso, el sacerdote, resultó más que entretenido. Había café, masitas y cómodas sillas. Se dispusieron en ronda. El cura era unos años más joven que ella, que pasaba apenas los 40. "¡Qué curita piola con cara de simpático y lenguaje cercano!", reflexionó. Nada almidonado ni sotana rigurosa. La charla empezaba seria, pero iba derivando de conversaciones sesudas sobre los significados de los textos seleccionados a problemáticas actuales y cotidianas. La conversación tomaba rumbos imprevistos. Se hablaba de amistad, del matrimonio, de valores, de educación, de miedos y de angustias. A veces, lo que empezaba como una reflexión intelectual terminaba en catarsis. Así se enteraron de que María, la de la panadería, tenía un hijo drogadicto. Salir de la droga implicaba aprender a poner límites y saber a qué estar atentos. Gerardo, el señor de la ferretería, estaba aterrado porque había descubierto que su nieta tenía novia. Ejercer la tolerancia, aceptar al otro y el casamiento gay fueron las discusiones de ese encuentro. Otra vez, contaron que la loca de la peluquería era loca porque la habían hecho dar en adopción a su primer hijo, que había

nacido cuando ella sólo tenía 14 años. Ese día, conversaron sobre la vida, el aborto y el derecho a la identidad. La existencia misma resultaba más profunda y entretenida que la Biblia. Las reuniones empezaban a las ocho pero se extendían, según los dilemas que iban apareciendo, hasta bien pasadas las diez de la noche.

A medida que se fueron conociendo más, empezaron a animarse a tomar posiciones críticas sobre temas de fondo. Algunos se iban yendo porque se hacía tardísimo y tenían que madrugar. Muchas veces, quedaban sólo tres en el salón parroquial. El anfitrión y Rocío estaban siempre. Ella hacía planteos que provocaban que el cura Alfonso se riera condescendiente ante su aparente ignorancia. Rocío sabía hacerse la mosquita muerta. La ex maestra devenida en inocente ama de casa. Cuestionaba el tema de las indulgencias plenarias por ser comerciales o el sacramento de la confesión por ser pura cháchara. “Nadie se arrepiente realmente de nada”, fogoneaba haciéndose la ingenua. El padre Alfonso, ni lento ni perezoso, la desafiaba a confesarse. Ella se negaba. Pasaban las semanas entretenidos con estos devaneos del mundo virtual de las creencias. Y entre dogmas y pecados, entre tires y aflojes, Rocío y Alfonso pegaron onda. La tensión flotaba en el aire como el incienso. Se reían, se hacían compañía. Les gustaba la misma música porque compartían generación. Creían que profundizaban sobre la naturaleza religiosa de las cosas, cuando en realidad profundizaban sobre la naturaleza humana. La química de Dios empezó a mutar en la química de dos. Ya nadie del grupo se quedaba más allá de las diez y media. Ellos, cura y feligresa, hacían oídos sordos a las murmuraciones y estiraban su horario hasta la medianoche. A Rocío le habían vuelto a brillar los ojos. Ya no sentía rabia cuando lavaba los

platos. Ahora lo hacía con la condescendencia que tiene quien cree al otro irrecuperablemente inútil.

Un día Rocío decidió dar un paso más. Le dijo a Alfonso que sí, que le confesaría todos sus pecados. Los veniales y los mortales. Alfonso lanzó una ruidosa carcajada. Ese día llevaba sotana. Se calzó encima la estola verde y blanca y se sentó formal en el confesionario. Ella, sonriendo sin escrúpulos, acomodó su pollera y se arrodilló frente a él con la cara colorada y los ojos soñadores. Apoyó los codos en el travesaño de madera y esperó la frase de rutina. Él, de espaldas al crucifijo, la miraba directo a los ojos. Pupila con pupila, encandilados. Ensordecidos por el rugido de la sangre en sus venas. Ya no había otro sonido que ese río por desbordar. Traía piedras y lodo. Rocío empezó por las quejas que tenía con su marido y sus hijos y que muchas veces quería asesinarlos. Lo dijo con gracia, ella era muy simpática. Siguió con lo vacía que se sentía en su casa. Ahí la voz se le anudó un poco y le salió como gorgojeando. La conversación de confesionario se tiñó con el tono de una terapia psicológica. Cuando ya le empezaban a doler las rodillas y sentía que sus rótulas se incrustaban sobre el borde áspero de la madera gastada del confesionario, Rocío decidió hablar de sus malos pensamientos. Se puso seria y puchereó. Él le tomó las manos con las suyas y le dijo muy circunspecto: “¿Qué malos pensamientos, hija mía?”.

Ella no se comió el personaje. “Ay, Alfonso, no seas ridículo, no soy tu hija y me da vergüenza. Tenemos casi la misma edad. No me animo a decirte…”

Él miró a lo lejos y su mirada chocó con la cerradura de la puerta de entrada del gran salón. El pestillo estaba puesto. Siguió acariciando mecánicamente las manos de Rocío y su cabeza agachada de hija pródiga. Su mente iba a mil

esperando la confesión del delito de la adorable pecadora. Ella tartamudeaba… que bueno, que no sabía cómo decirlo, pero que en fin, que hacía tiempo sentía algo por alguien que no debía, pero que Dios lo sabía, porque lo sabía todo, ¿no?, y si lo sabía Dios, ¿por qué no podía decírselo a su confesor?

Timorata, supo convertir la audacia en coquetería.

Alfonso insistió en saber lo que ya conocía de sobra. Rocío empezó a lagrimear cuando le dijo que estaba enamorada, pero no de su marido. Alfonso, terco, perseveró, quería escucharla. Finalmente ella, mirando el piso donde doblaba la sotana negra de Alfonso, lo dijo: estaba enamorada de un sacerdote. Que no podía acabar con sus pensamientos pecaminosos cada noche.

Alfonso, en vez de pegar un salto y soltarle las manos con la confirmación, acercó conmovido su cara a la de Rocío. Ella no lo pensó, lo besó de rodillas. Como a un dios. Y se lanzó desaforadamente dentro del confesionario. Él no se resistió en lo más mínimo. Ante la sorpresa de ambos, terminaron con los cuerpos enredados, sobre el piso de la parroquia, a media luz.

Era la primera vez para Alfonso, desde que se había ordenado. También la primera para Rocío, desde que se había casado. Vírgenes de toda infidelidad hasta hoy. Hasta que el santísimo confesionario mutó en procaz escenario de pecado mortal. Mortalísimo.

Pasados la euforia y los placeres carnales, los paralizó el horror y la timidez de verse en cueros, tan desnudos. Él sin sotana, flaquísimo, como un Cristo desamparado. Ella sin pollera y con camisa, ridícula. El resto de la ropa desparramada sobre los calcáreos de época. ¿Y ahora cómo se seguía? No hablaron. Se vistieron en silencio y cada uno a su casa y a su cucha.

Esa noche ninguno de los dos pegó un ojo. La lujuria había entrado en sus vidas, coincidían en su desvelo. Pero no estaban muy dispuestos a volver a la casta relación anterior.

La reunión siguiente repitieron la historia con más voracidad, pero saltándose el capítulo de la confesión. Entre la culpa y el espanto, sucedía ese amor desesperado sobre el piso sagrado. Él había descubierto que el sexo le gustaba más de lo que había imaginado. Ella, que Alfonso la divertía más que su marido. Pero no hablaban ni se decían nada. Sólo acometían. No había demasiado que decir. Estaban en falta y no pensaban en la penitencia divina. Era obvio que ese incendio venía después de una larga sequía.

Los demás lo suponían todo, pero el escándalo no les impedía el disfrute de ser testigos de algo que, seguro, terminaría horrible. Ya tendrían tiempo ellos, los traicionados compañeros de clases, para relamerse cuando todo estallara por los aires.

Pero no hubo estallido. Rocío tuvo el espantoso disgusto de embarazarse del cura. Lo primero que se le ocurrió fue ir a confesarse con un viejo sacerdote ignoto de capital. Escandalizado, el desconocido prelado exigía arrepentimiento pleno, confesión marital y recepción de la criatura de Dios en su casa.

Rocío salió más escandalizada que el viejo cura. No pensaba hacer nada de eso. Ella, que era antiaborto, corrió a una farmacia de un barrio lejano a comprar unas pastillas. Había mirado todo en Internet. Las tomó sin agua y sin respirar. Al padre Alfonso (más padre que nunca), no le dijo ni una palabra. Total, ya había abandonado las reuniones dando parte de enferma. Pasaron dos días y no ocurrió nada. Así que repitió la ingesta. Y se pidió un turno en un médico que prometía soluciones drásticas. Estaba desesperada.

Pero no hizo falta recurrir a la ilegalidad ni al dudoso médico. En medio de un país que debatía aborto sí, aborto no, y se dividía en dos con la hondura de las causas que tocan el corazón, a Rocío se le alivió el alma cuando se dio cuenta de que esta segunda tanda de pastillas había dado resultado. Una catarata roja cayó a tiempo. Lo que se había preparado en su cuerpo para engendrar cayó con una fuerza bruta celestial. Deshizo la cita con el médico. Al día siguiente fue a la marcha de los pañuelos celestes con el alma pintada de verde.

Después de todo, la hipocresía podía también ser una virtud, reflexionó para sí. Marchaba para que otras no hagan lo que ella hizo, "eso" que considera un verdadero crimen: el sexo fuera del matrimonio y sus vívidas consecuencias.

Llegó exultante a su casa, justo para preparar la comida. Calentó la carne con papas, puso la mesa tarareando, lavó los platos y, cuando sirvió el postre, les anunció a los cuatro que dejaba el curso de la parroquia porque era un verdadero bodrio.

El susto le mató el amor y la calentura. Sin anestesia, se extirpó de cuajo ese amor que no llegó a madurar. Pero ella sabía ver el vaso medio lleno. Al fin y al cabo, gracias al divino Alfonso, había descubierto que aburrirse en casa no era tan mal programa. ¿Para qué andar buceando por los costados oscuros de su alma apasionada? Concluyó que reprimirse le resultaba definitivamente más fácil que enfrentarse con sus demonios.

Otros títulos de Carolina Balbiani

(DES)
AMORES
BREVES
HISTORIAS DE ROMANCES
SIN DESTINO
CAROLINA
BALBIANI
INDIELibros

¡No te pierdas el contenido exclusivo en Leamos y BajaLibros!

Twitter

Facebook

Instagram

INDIElibros